

BOLSILIBROS

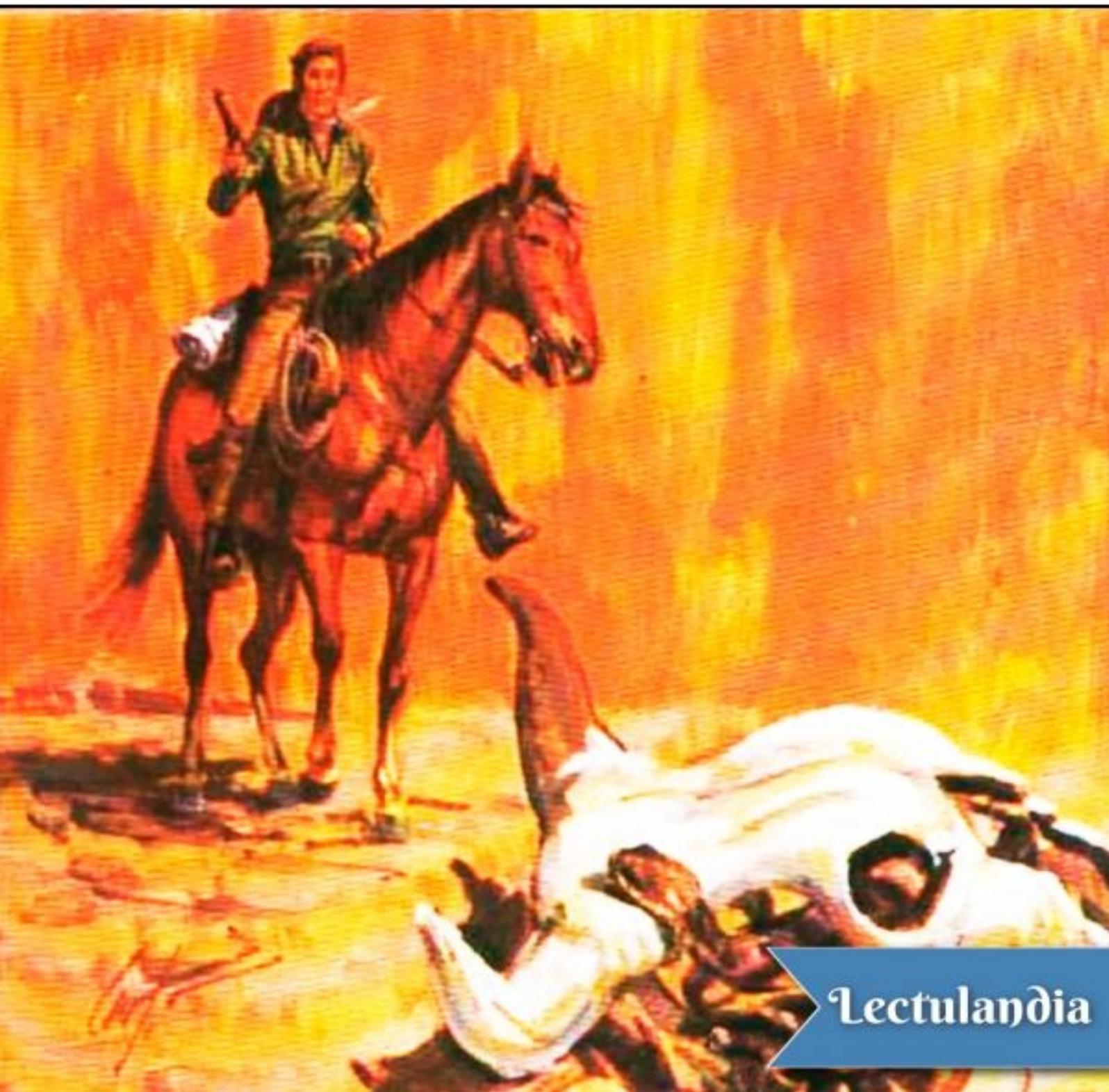
Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

EL VALLE QUE QUEDO EN EL OLVIDO



Lectulandia

Manuel Chávez, o Manolón, como le llamaban sus amigos, se detuvo en lo alto de la loma, y durante unos minutos, reposadamente, estuvo contemplando el pequeño valle que se extendía al fondo, con el pueblecito a un lado.

Lectulandia

Lou Carrigan

El valle que quedó en el olvido

Oeste Legendario - 78

ePub r1.0

Titivillus 28.05.2019

Título original: *El valle que quedó en el olvido*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EL VALLE QUE QUEDÓ EN EL OLVIDO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Manuel Chávez, o Manolón, como le llamaban sus amigos, se detuvo en lo alto de la loma, y durante unos minutos, reposadamente, estuvo contemplando el pequeño valle que se extendía al fondo, con el pueblecito a un lado.

A Manuel había que llamarle forzosamente Manolón: medía un metro noventa centímetros, pesaba ciento cincuenta kilos, y tenía los bigotes más grandes de México. Todo en él era grande, colosal, enorme... Un hombre con aquel peso, aquella estatura, aquellos bigotazos, aquellas manazas, y los tremendos ojos como fuego negro, tenía que recibir el aumentativo por fuerza. Así que alguien dijo cierta vez, Va de niño, que más que Manolito deberían llamarle Manolón.

Y Manolón se quedó, hasta ahora, a sus cuarenta y tantos años, jinete sobre robusto caballo, pistola en cinto y rifle cruzado en la silla de montar...

—Qué lindo —sonrió Manolón, enseñando unos dientes tan grandes y blanquísimos que el reflejo debió llegar al pueblecito del fondo del valle.

Volvió grupas y regresó al escuálido bosquecillo de encinas que había quedado a su espalda. Cuando llegó apareció ante él, como brotado del suelo, otro mexicano, menudo y sonriente, feo como debe serlo el mismísimo demonio, que llevaba un rifle en las manos y una guitarra a la espalda, además de un cuchillo tremendo sobre la cadera derecha, allá donde lo normal era llevar un revólver.

—¿Y...? —preguntó el de la guitarra.

Manolón desmontó, dejó suelto el caballo, ya pie llegó hasta el centro del bosquecillo, donde había la máxima sombra, que era un celestial alivio en aquel día lleno de un sol de cien mil demonios.

Al pie de una encina había dos hombres, ambos yanquis, con una cara de tejanos tan clásica que lo mismo habría dado que llevarsen unos carteles colgados a la espalda diciendo que habían nacido en Texas, de padres, abuelos y bisabuelos tejanos. Uno de ellos estaba sentado, con la espalda apoyada en el tronco, cerrados los ojos, demudado el pálido rostro; tenía el costado derecho convertido en un puro pegote de polvo y sangre y respiraba

con una fatiga cercana al desvanecimiento. El otro, acuclillado, dejó de contemplarle con preocupación, para mirar a Manolón con esperanza.

—¿Qué...? —preguntó.

Manolón se sentó delante del herido, y le dio una palmada en una rodilla, cariñosamente.

—Vas a estar bien dentro de un poco, Pete —dijo—. Verás cómo te curamos bien eso más de prisa que santiguarse.

El menudo y feísimo mexicano llegó tras él, arrastrando, el rifle.

—¿Qué has visto? —preguntó.

—Hay un valle muy lindo y un pueblecito muy lindo. Y muy pequeño. Pocas casas, pintadas de blanco, como los jacales.

—¿Crees que hemos cruzado la frontera? —se animó el tejano acuclillado—. ¿Ya estamos en México?

—Yo no sé —movió la cabeza Manolón—. Pero si no es México, merece serlo: ¡qué vallecito tan lindó, con sus casitas blancas, su riachuelo, su bosquecillo!... Y hasta tiene iglesia: he visto el campanario.

—¡Ja, ja! —rió el mexicano feísimo—. ¿Es que piensas buscar al cura para confesarte?

—¿Confesarme yo? —protestó Manolón—. ¡No tengo pecados!

—¡Ja, ja! —rió el feísimo—. ¡Ja, ja! ¡Dice que no tiene pecados!...

—Si acaso, muy chiquititos —frunció el ceño Manolón.

—¡Ja, ja, chiquititos!... ¡Tú no puedes tener nada chiquitito, hombre! ¡Un pedazo de mula como tú...!

—Ya está bien, Jaja —cortó el tejano—. No es momento de perder, el tiempo con bromas. Pete necesita cuidados adecuados cuanto antes, o se va a desangrar. Eso, si con los trapos sucios que le hemos estado poniendo estos días no muere más infectado que una tarántula.

—Phil tiene razón —admitió Jaja Pérez López, el feísimo y menudísimo mexicano—. ¿Qué más has visto, Manolón?

—Nada más. Todo parece en calma y, desde luego, no es el sitio donde alguien haya podido tener la idea de poner un *sheriff* o algo así. Hay muy poca gente en los pueblitos como éste, y gente de la que se asusta al ver una pistola.

Phil Corbett asintió con la cabeza, y luego quedó unos segundos pensativo, mirando a su compañero herido. Pete O'Rourke había abierto los ojos y miraba mortecinamente a uno y a otro de sus camaradas de correrías.

Y mientras Corbett reflexionaba. Pete O'Rourke musitó:

—No quiero que os arriesguéis por mí... Si no estáis seguros de que hemos cruzado la frontera, sigamos... O seguid vosotros. Ya me las arreglaré.

Manolón Chávez, Jaja Pérez López y Phil Corbett se quedaron mirando sonrientes a su amigo querido. Ninguno contestó a la sugerencia de Pete, pero tampoco hacía falta. Llevaban juntos mucho tiempo y las habían pasado de todos los colores.

—Bueno —decidió finalmente Corbett, sonriendo—, bajaremos a ese pueblecito. A lo mejor, hasta hay médico.

—Médico, no creo —negó Manolón—. Pero seguro que habrá veterinario. Y eso es lo que Pete necesita: un buen veterinario que le cure.

—¡Ja, ja! —rió el menudo Pérez López—. ¡Te ha llamado mulo, Pete!

—Es lo que somos todos —jadeó Pete O'Rourke—: unos mulos... y unos desgraciados. Llevamos detrás a los rurales hace días, como si fuésemos importantes, y sólo somos unos malditos desgraciados... Ni siquiera servimos para robar. Siempre fiemos estado robando miserias, y el día que nos decidimos, a asaltar una diligencia para llenarnos los bolsillos de oro, nos rajamos porque nos hacen frente.

—Oye, oye —protestó Manolón, picado—, ¡que aquí no hay ningún cobarde! Lo que pasa...

—Lo que pasa es que somos tontos —cortó Phil Corbett—. Eso es lo que quiere decir Pete: si nos rajamos no fue por miedo, sino porque no queríamos matar a nadie... Y van, le meten dos balazos a Pete en el cuerpo, nos despeinan a tiros a los demás, y se quedan con el oro... ¡Con Joe Kirkpatrick tenían que haber tropezado los de aquella diligencia! ¡Ése sí que sabe robar!

—Y matar —susurró Pete.

—¿Cómo será ese Joe Kirkpatrick? —recapacitó Manolón—. En los pasquines se ve casi tan feo como Jaja.

—Al diablo cómo sea —masculló Corbett—. Pero ése sí tiene malas entrañas... y sabe robar. El último golpe lo dio en Santone, y dicen que el muy bestia se llevó más de veinte mil dólares. ¡Eso sí es robar!

—¡Vaya si es robar! —sacudió los dedos Jaja—. ¡Veinte mil dólares! ¡Qué bestia!

—Él y su banda mataron a dos empleados del Banco... ¡A ésos tendrían que ir a buscar los rurales y no a nosotros, que somos tontos y unos malditos desgraciados! Pero esto se va a acabar: la próxima vez, yo aprieto el gatillo aunque tenga delante a mi padre...

—¡Ja, ja! —rió Pérez López—. ¡Pero tú qué vas a matar, hombre!

—Pues una vez maté a un tipo en Abilene... —frunció el ceño Phil Corbett—. Y no creáis que era manco.

—Hombre, pero si tirar bien ya sabemos que tiras bien —le guiñó un ojo Manolón a Jaja—. Lo que pasa es que a ti, como a nosotros, para meterle una bala en la barriga a un «trona», te la tiene que hacer muy gorda. —¿Qué te hizo el tipo de Abilene?— se interesó Jaja.

—Me llamó hijo de tal y cual.

Jaja Pérez López volvió a sacudir los dedos.

—¡Cielos azules! —exclamó—. ¡Pues eso es decirle una cosa muy fea a un hombre, digo yo!

—Lo peor de todo es que estaba mi madre conmigo —musitó Phil Corbett—. Y precisamente aquel tipo me dijo aquello tocándola con sus manazas de cerdo... Mi madre era muy guapa. Lo que no era es lo que pensó aquel tipo, así que lo maté. Tenía trece años.

—¿Tenías trece años cuando mataste a un hombre? —abrió mucho los ojos Manolón.

—Sí.

—Pero ¿a los trece años ya llevabas revólver?

—No lo maté con revólver... Había allí cerca una horquilla de ésas para mover la paja... El mango era de madera y la horquilla de hierro, con cuatro puntas muy largas. Se las metí todas en la barriga a aquel hombre... Lo dejé clavado en la fachada de una casa.

Nadie dijo nada después de oír esto, y Phil Corbett quedó también silencioso, sombrío. El herido Pete O'Rourke miraba con extraña expresión a su viejo amigo, posiblemente pensando que siempre hay cosas que desconocemos de los demás, por muy ligados que estemos a ellos, a sus vidas...

Manolón Chávez hizo un ademán como espantando una mosca.

—Bueno, yo creo que no hay por qué ponerse tristes ahora... Algún día estaremos bien. Cada cual tiene sus cosas que quisiera olvidar, y sus deseos que quisiera ver cumplidos... Dicen que en esta vida todo llega, tarde o temprano.

—¿Cuáles son tus deseos? —preguntó O'Rourke.

—Pos mira... Son sencillos: quisiera tener una mujer grande y fuerte como una mula, de carnes muy blancas, con un cuerpo así y así —trazó en el aire unas formas sensacionales, enormes—, y que fuera capaz de tener una docena de hijos.

—¿Y qué más? —rió O'Rourke, lanzando enseguida un gemido.

—¿Qué más? —se sorprendió Manolón—. ¿Y por qué he de querer nada más?

—Pues yo —deslizó Jaja Pérez López— quisiera una mujer también, pero pequeña, no como la de Manolón, con sus botijos tan gordos debajo de la barbilla: Su una chica menudita, fea, y que supiese reír mucho. Además, quisiera tener seis vacas, unos cuantos caballos, y un pedacito de tierra para trabajarla.

—¿Y cuántos hijos? —se interesó Manolón.

—¿Hijos? No... No, no. Ninguno. Para echar hijos feos al mundo, más vale estarse quieto.

—Hombre, no seas bestia —refunfuñó Manolón—. Un hombre tiene que tener hijos. Muchos hijos... ¡Una docena de hijos! ¿Verdad, Phil?

—No sé —encogió los hombros Corbett—. No sé...

—Pues a mí, si salgo de ésta —intervino O'Rourke— me gustaría ser filósofo.

Durante unos segundos, los otros tres se quedaron mirando estupefactos a Pete O'Rourke. Por fin, Manolón masculló:

—¿Fi... qué?

—Filósofo. Uno de esos tíos que lo saben todo, y que siempre están pensando y diciendo cosas que sorprenden a los demás. Cosas bonitas, claro. Pero con sentido.

—¿Por qué no nos dices unas cosas de ésas? —pidió Jaja.

—Pues así, de repente... No sé... Por ejemplo: más vale ser ciego, que tener ojos y no ver.

Jaja quedó atónito.

—¿Y eso qué quiere decir? —farfulló.

—No sé. Yo me entiendo. Además, para pensar cosas que estén un poco bien, hay que leer mucho, y saber muchas cosas... Muchas. Y yo, ni siquiera sé leer.

—¡Toma y yo tampoco! ¿Para qué sirve saber leer?

—Eres un animal —gruñó O'Rourke—. ¡Vaya pregunta!

—Yo creo —dijo Corbett— que tendríamos que ir a ese pueblecito ahora mismo. Si nos reciben bien, mejor para todos. Si nos reciben mal, peor para ellos. Y si has de decir tonterías —miró velozmente a O'Rourke, que iba a hablar— mejor será que te calles, porque no vamos a dejarte.

Pete O'Rourke cerró la boca. Luego sonrió, y dijo:

—¿Ves, Jaja? Eso es una filosofía: si has de decir tonterías, es mejor que te calles.

—Sí, ésa la entiendo —aseguró Jaja—. Pero la de los ojos que no sirven para ver...

—En marcha —dijo Corbett.

A sus silbidos, los caballos, que triscaban apaciblemente, acudieron. Manolón colocó a Pete O'Rourke en la silla, mientras Corbett y Pérez López, ya montados, permanecían a la expectativa. Ambos quedaron flanqueando a O'Rourke, por si caía, y partieron en pos de Manolón Chávez, hacia la pequeña loma desde la cual había divisado minutos antes aquel pequeño valle con casas blancas y un riachuelo.

CAPÍTULO II

Bajo el sol de cien mil demonios, el silencio era tan completo cuando entraron en el pueblecillo, que se oía el discurrir del cercano arroyo, y, cerca de éste, el cacareo de algunas gallinas.

Eso era todo.

Manolón Chávez, rifle en mano, se acercó al centro de la placita, donde había un pozo con flores. Allí, detuvo su caballo y miró alrededor, con ojos entornados, endurecidos, alerta. Tras él, en el extremo de la calle O'Rourke se sostenía en la silla cada vez más dificultosamente, y Jaja y Corbett lo sostenían por los brazos, mientras en la otra mano mostraban el primero su rifle y el segundo su revólver.

En un roble cercano al arroyuelo, se detuvo un pajarillo, que comenzó a piar alegremente, confiadamente. Manolón Chávez sonrió, y gritó:

—¡Eh! ¡Eeeeh...!

Su grito se perdió, quizá hacia el cielo silencioso, quizá hacia las profundidades de la fresca tierra, quizá envuelto en el intenso calor seco, ardiente. ¿Texas o México? Era imposible saberlo si nadie aparecía.

—¡Eeeeh...! —volvió a gritar Manolón.

Silencio.

Silencio absoluto. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. No se veía a nadie, pero. Manolón sabía que había alguien en el pueblecito: si había gallinas, había personas. Además, también había flores en el brocal del pozo... Y pensando en las flores, Manolón metió su rifle en la funda de la silla de montar, convencido de que la gente que pone flores en un pozo no puede ser peligrosa...

Apenas hubo enfundado el rifle, temió haber cometido un gravísimo error, al oír un ruido hacia su derecha. Giró velozmente hacia allí, tirando de nuevo de la culata de su rifle... pero quedó inmóvil.

Y volvió a sonreír, contemplando al muchacho que había aparecido en uno de los porches. Debía tener ocho o nueve años, tenía unos ojos enormes, muy morena la piel, y vestía solamente unos sucios pantalones apedazados,

que se sostenían por medio del tirante que cruzaba uno de sus flacos hombros. Iba descalzo.

—Hola —saludó cordialmente Manolón.

El chiquillo parpadeó; eso fue todo. Manolón frunció el ceño, pero volvió a sonreír enseguida. Sacó una moneda, y la hizo saltar en la palma de su mano.

—¿Eres mexicano? —preguntó.

—Sí, señor.

—Entonces... ¿esto es México?

—No, señor.

—¿Es Texas?

—Sí, señor.

Manolón frunció el ceño. Miró una vez más a su alrededor, desmontó y el chiquillo se convirtió en un ser absolutamente diminuto a su lado.

—¿Hay *sheriff* aquí, o algo así?

—No, señor.

—¿Y médico?

—No, señor.

—¿Y veterinario?

—No, señor.

—¿Hay alguna taberna?

—No, señor.

—Pues, hijito... ¿qué hay en este pueblo?

—Gente, señor.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Están todos escondidos, mirándolos a ustedes, porque tienen miedo.

—¿Miedo de mí y de mis amigos?

—Sí, señor.

—¿Y tú no tienes miedo?

—No, señor —brillaron los negríssimos ojos del muchacho.

—Pues, chamaco, sólo por eso te has ganado los diez centavos — Manolón los dejó caer, y el muchacho los cazó al vuelo.

En el mismo porche, apareció otro muchacho, algo menor que el primero. Luego, otro. Y otro, otro, otro, otro... Cada uno, algo menor que el anterior. Hasta que, finalmente, se terminaron los chiquillos. Y los seis que había en el porche, formando escalera de estaturas, se quedaron mirando fijamente a Manolón Chávez, que sonrió una vez más.

—¿Pues sabes...? ¡Sí que hay gente! —exclamó—. ¿Son hermanos tuyos?

—Sí, señor. Somos siete.

—Oye, que sé contar —frunció el ceño Manolón—. Al menos, hasta siete. Y hasta doce, y más todavía... Bien, ¿qué contestas a lo que te he preguntado?

El chiquillo señaló hacia el porche.

—José sabe dónde hay agua caliente.

—¿Y quién es José?

—Mi hermano. El más alto...

—Ya. ¿Y tú cómo te llamas?

—Juan.

—Bueno... Según entiendo, José me dirá dónde hay agua caliente si le doy diez centavos, ¿eh?

—Sí, señor.

Manolón refunfuñó algo, y metió la mano derecha en el bolsillo, haciendo sonar las monedas. Al instante, los seis niños del porche corrieron hacia él, se plantaron delante y se quedaron mirándolo. Manolón sacó varias monedas, y miró al más alto.

—¿Tú eres José?

—Sí, señor.

—Ahí va tu moneda. ¿Y tú?

—Jacinto, señor.

—Pues diez centavos para Jacinto. ¿Y tú?

—Jesús, señor.

—Otros diez centavos. ¿Y tú?

—Jerónimo, señor.

—Tu moneda... Y queda la última. ¿Cómo te llamas tú?

—Jaime, señor.

—Muy bien; para Jaime la última moneda. Y ahora que ya me habéis desplumado, me diréis...

—¡Yo, Joaquín! —gritó el más pequeño, de los hermanos, diminuto, renegro, con los ojos más grandes que la cara—. ¡Yo, Joaquín!!

—Está bien, Joaquín, pero se me han terminado las monedas...

El niño, de unos tres años, no pareció entender esto, y tiró nuevamente de los pantalones de Manolón.

—¡Yo, Joaquín!

—Está bien, hombre, está bien... Tú eres Joaquín, y yo soy Manolón. ¿Dónde podemos ir mis amigos y yo que nos den lo que te he dicho, Juan?

—¡Yo, Joaquín! —lloró el pequeño—. ¡Yo, Joaquín!

—¡Carajo de niño! —explotó Manolón—. ¡Cierra la bocota!

—¡Yo, Joaquín! ¡Yo, Joaquín!... —empezó a berrear declaradamente el pequeño, tirando de los pantalones de Manolón.

—¡Y dale! ¡Qué me vas a dejar sin pantalones, muchacho...!

—¡Ja, ja! —rió Pérez López, que se había acercado, con Corbett y O'Rourke—. ¡Eso sí me gustaría verlo! ¡Tira fuerte, chamaco!

—¡Yo, Joaquín!! ¡Yo, Joaquín!...

—Pero, hombre. Manolón —dijo socarronamente Corbett—, ¡dale su moneda al niño!

—No tengo más monedas de diez centavos —gruñó Manolón—. Y la cosa no está para despilfarros, digo yo...

—¡Yo, Joaquín! ¡Yo, Joaquín! —insistía el niño.

—Maldita sea mi estampa... ¡Está bien, Joaquín de los demonios, aquí tienes tu moneda...! ¡Todo un dólar de mi alma! ¡Si llego a saber que...!

—¡Venid aquí ya! —gritó una voz femenina, sólida, fuerte, casi musical—. ¡No molestéis más!

Manolón miró de nuevo hacia el porche donde habían aparecidos los niños... y se quedó sin resuello. Allá, grande, blanca, fuerte, hermosota, con unos ojos negríssimos y enormes, relucientes, brillante el también negrísimo cabello, con unas graciosas caderas, brazos formidables, gran boca roja como grana y unos senos que, ciertamente, tenían el tamaño de botijos, estaba la mujer de sus sueños. Exactamente la mujer de sus sueños.

—Madre mía... —suspiró por fin Manolón.

—¿Es tu madre? —rió Jaja—. Pues parece más joven que tú...

Corbett, algunos de los niños, y hasta el desfalleciente Pete O'Rourke, soltaron unas risitas.

—Madre mía —repitió Manolón, en éxtasis—. ¡Madre mía! ¡Ya la he encontrado...! ¡Ésa es la mujer que siempre he buscado, y la he encontrado al fin...!

—Seguro —rió Jaja—. La has encontrado a ella, a sus siete hijos, y a su marido. Vamos, digo, y o que una mujer no tiene siete hijos así, por las buenas...

Dejó de hablar, y mientras Manolón Chávez quedaba donde estaba mirando Jaja. Sus ojos expresaron sorpresa. Luego, se entornaron, fijos en la mujer que se acercaba decididamente a ellos. Era más bien alta, rubia, de ojos

azules, piel dorada por el sol... Era tan hermosa, que Phil Corbett quedó sin aliento... O quizá lo que más le impresionó fue la tristeza de aquellos grandes ojos azules; una profunda tristeza que, posiblemente, era la que matizaba la serena belleza de la rubia muchacha. Que, naturalmente, no podía ser mexicana.

Cuando ella llegó junto al pozo, los cuatro forasteros la estaban mirando, aunque Manolón seguía todavía un tanto sumido en su decepción.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó la muchacha, en inglés.

Ja, Ja estaba aterrado ante tanta belleza. Manolón seguía inmerso en su decepción. Corbett estaba tan impresionado que tardó un instante de más en reaccionar. Para entonces, el herido Pete O'Rourke se había quitado ya el sombrero, dejando escapar sus largas greñas rubias.

—Es por mi culpa, señorita —musitó—. Me caí del caballo, me clavé unos arbustos, y...

—Vengan a mi casa —dijo ella.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la casa de la cual había salido. Pérez López, Corbett y O'Rourke se fueron tras ella, todavía a caballo. Los dos primeros desmontaron, ayudaron a O'Rourke y entraron en la casa, de tras de la muchacha.

Manolón parpadeó, y se volvió hacia la otra casa. La hermosa mujerona había desaparecido, y también sus hijos. Suspiro, sumido en el más profundo desengaño de su vida, y comenzó a caminar hacia la casa en la que habían entrado sus amigos, abriendo el compás de sus larguísimas y robustas piernas.

—¡Espérame!, —oyó—. ¡Eres muy grande!

Miró a su alrededor, pero, finalmente, comprendió. Bajó la mirada, y vio, como perdido en la profundidad, al diminuto Joaquín, que lo miraba como podría mirar un enano a la copa del más alto árbol.

—¿Qué te pasa a ti? —gruñó Manolón—. ¿Acaso quieres otro dólar?

—Quiero ir contigo.

—¿Conmigo? ¡Lárgate, mocosito, o podré pisarte!

Siguió caminando, dejando atrás un instante al pequeño Joaquín, que tuvo que mover sus piernas a increíble velocidad para rebasarlo y pararse delante.

—¡Quiero ir contigo! —gritó.

—¡Adónde te vas a ir es a la...! —se calló, comprendiendo que la barbaridad era excesiva—. Oye, ¿por qué no te vas con tu padre? ¡Y dile que si le veo, le voy a romper la cara por aguafiestas!

Pasó por el lado del pequeño; y entró rápidamente en la casa de la rubia muchacha. Jaja estaba allí mismo, en el pequeño vestíbulo, sombrero en

mano, y señaló hacia una de las puertas, en silencio. Manolón cruzó aquel umbral, y vio a Pete O'Rourke tendido en la cama, sobre una manta oscura. La muchacha rubia le había quitado los trapos sucios que cubrían la doble herida de bala, y estaba contemplando pensativamente el destrozo. Cuando alzó la cabeza, Manolón supo que ninguno de ellos cuatro sería jamás capaz de engañar a tan dulce criatura.

—Tuvieron que ser unas ramas muy fuertes —susurró ella—. Iré a calentar agua, y traeré una botella de tequila, para desinfectar la herida. Siento no tener otra cosa.

O'Rourke la estaba mirando con la expresión de quien se ha encontrado un ángel en un país de demonios.

—Va a ser una pena desperdiciar el tequila en esto... ¿verdad, Manolón? —desvió la mirada hacia el enorme mexicano.

—Tú cierra la bocota —gruñó Manolón, de pésimo humor— que la señorita sabe lo que hace.

—Yo la ayudaré —musitó Corbett.

—Podría usted ir a la cocina a calentar agua —dijo la muchacha—. Yo iré a pedirle la tequila a la viuda Martínez. Su marido tenía tanta que le va a durar toda la vida... ¿Quieren que llame, el padre Anselmo?

—¿De quién es padre ese Anselmo? —preguntó Corbett.

La muchacha lo miró sobresaltada, y Manolón soltó una risita furiosa.

—No seas bruto, Phil, se refiere al padre cura. Y los curas no son padres de nadie. Bueno, quiero decir que son padres de todos. Vaya, lo que quiero decir...

—Ya sé lo que es un cura —masculló Corbett—. ¿Así que tienen un cura en este pueblito?

—No, no... Está a muchas millas de aquí, al otro lado de la frontera, en México. Pero cuando lo necesitamos, hacemos sonar las campanas de la vieja iglesia y alguien le dice que lo necesitamos en Valle Salazar. La noticia llega más de prisa que enviada por *Ponny express* —sonrió levemente.

—¿Y para qué necesitamos al cura? —preguntó Corbett.

—Él sabe muy bien curar heridas de bala —replicó la bella rubia.

Quedaron todos silenciosos, cambiando miradas los cuatro hombres. Por fin, Manolón carraspeó, y movió negativamente la cabeza.

—Será mejor no molestar al padre —susurró—. ¿A cuántas millas está la frontera con México?

—Unas cuarenta.

—¡Caray! —resopló Manolón—. ¿Y el padre hace ese viaje si le dicen que están sonando las campanas de este pueblito?

—Sí, porque sabe que sólo en caso de gran necesidad lo molestamos entre semana. Los domingos viene él para decir misa. Los habitantes de Valle Salazar son casi todos mexicanos. Éste es un sitio apartado de todo, y casi nunca viene nadie.

—¿Es un lugar para pasar unos días tranquilamente, sin nadie que le moleste a uno? —musitó O'Rourke.

—Sí —la muchacha lo miró fijamente—. Ni siquiera la ley viene por aquí más de una vez al año. Nunca pasa nada... Será mejor que preparemos las cosas para curarle bien la herida, señor... Iré a por...

—¡Pete O'Rourke! —musitó el herido—. Ellos son; mis amigos, Manuel Chávez y Phileas Corbett. El que está afuera, es Jaja Pérez López.

—Yo me llamo Wanda —murmuró la muchacha—. Vamos a la cocina, señor Corbett.

—Si me dice dónde puedo encontrar a esa viuda Martínez, yo iré a por el tequila —dijo Manolón.

Un destello, casi divertido apareció en los azules ojos de Wanda.

—Usted sabe muy bien dónde encontrar a la viuda Martínez, señor Chávez.

—¿Yo? —se sorprendió el mexicano.

—Claro. La vio perfectamente antes, en el porche, con sus hijos.

Durante unos segundos, Manolón quedó petrificado, como si no hubiese comprendido nada de nada. Por fin, su boca comenzó a moverse en silencio varias veces antes de poder tartamudear:

—¿La...? ¿Así que la...? ¿O sea que ella...?

—Es una mujer muy valiente. Quedó viuda hace casi tres años, y ella sola está trabajando sus tierras para dar de comer a sus hijos. Se llama Carmen.

Manolón Chávez estuvo todavía unos segundos como quien ve estrellas de todos los colores. De pronto, dio media vuelta, y salió como disparado de la habitación, enviando contra la pared a Jaja al pasar por su lado. Salió al porche, ya casi corriendo, pero tuvo que detenerse en seco al ver ante sus pies al diminuto Joaquín, sentado en el porche, sorbiendo mocos. El niño se puso en pie de un salto, chupó el último moco, y gritó:

—¡Quiero ir contigo!

—¡Pos claro! —aulló Manolón riendo—. ¡Claro que vendrás conmigo, pequeño marrajo!

Lo alzó hasta uno de sus hombros, y bajó del porche. El pequeño Joaquín comenzó a reír, divertidísimo ante la nueva perspectiva que le ofrecía su pueblito desde allá arriba. Todavía estaban cruzando la placita cuando ya ésta se iba llenando de gentes, que contemplaban la escena entre sonrientes y todavía retraídos. La mayoría, en efecto, eran de raza mexicana, y su aspecto era modesto, tirando a pobre.

—Hola —saludaba Manolón, mirando a todos lados—. ¡Hola! ¿Qué tal? ¡Buenos días, buenos días, buenos días...!

—¡Buenos días, buenos, buenos días! —gritaba Joaquín, desde lo alto, riendo.

Y riendo, llegaron los dos ante la puerta de la casa de los Martínez. Manolón llamó con un golpetazo que casi astilló la madera, y la puerta se abrió enseguida, mostrando a la hermosita viuda Martínez, enfurecida, mirando hacia abajo.

—¡Cómo vuelvas a...! —se calló bruscamente, contemplando aquellos enormes pies; luego, poco a poco, su mirada fue ascendiendo, hasta llegar a los llameantes ojos de Manolón, se sofocó, miró a su hijo menor, sentado en el colosal hombro, y lanzó un respingo aterrado—. ¡Jesús!

—¡Estoy aquí! —gritó dentro de la casa el niño llamado así.

—¡Cállate, tonto! —le increpó Juan—. ¡Mamá se ha asustado!

—Buenos días, señora viuda Martínez —dijo Manolón.

—¡Joaquín! —ordenó ella—. ¡Baja de ahí ahora mismo!

—¡No quiero bajar!

—Joaquín está seguro conmigo, señora viuda —sonrió Manolón, que al ver de cerca a la rubia tenía la impresión de que acababan de abrírsele las puertas del cielo—. Soy muy fuerte. Soy tan fuerte, que hasta podría tener en mis hombros a sus siete hijos, y estar tan tranquilo. Puedo arrancar árboles de raíz, partir en muchos pedazos a un hombre, matar de un puñetazo a una mula, arar yo solo cualquier campo... Me llamo Manuel Chávez. Pero mis amigos me llaman Manolón.

—¡Ja, ja! —oyó Manolón, dentro de la casa—. ¡Ja, ja, Manolón...!

—¡Calla, tonto! —increpó José, el segundo hijo de la viuda—. ¿No ves que es muy grande? ¿Por qué te ríes?

—¡Ja, ja, qué risa me da! —exclamó una voz femenina—. ¡Se llama Manolón...!

Éste estiró el cuello, y vio, arrodillada ante el lar, a una mexicanita menuda, de largas trenzas negras, y tan fea que casi daba pena verla.

—¡Carajos! —exclamó Manolón—. ¡No es posible!

—Perdónela —dijo la viuda—. Es Rosita, mi sirvienta. Es tonta. Siempre se está riendo por todo...

—Pero... ¿qué pasa en este pueblo? —farfulló Manolón—. ¡Hay de todo! La viuda lo miró sorprendida.

—¿De todo? ¡Pero si aquí no hay de nada...!

—Yo rae entiendo, señora viuda... La señorita Wanda dice que usted podría vendernos una botella de tequila... ¡No es para beber! Es para desinfectar la herida de mi amigo... ¿Tiene usted esa botella, señora?

—Sí... Un momento. Pase, por favor.

Manolón tuvo que bajar a Joaquín de su hombro para poder cruzar el umbral.

El chiquillo comenzó a berrear, pero Manolón lo miró severamente.

—Marrajo —gruñó—, los que quieran ser amigos míos, no tienen que llorar nunca. Son las mujeres las que lloran, ¿te enteras?

El niño dejó de llorar instantáneamente. Se quedó mirando a Manolón con los ojos abiertos como platos, entre aterrado y maravillado. Seguramente, lo único que había comprendido era que a Manolón no le gustaba oírlo llorar, y eso era suficiente para él. Ante los asombrados hermanos de Joaquín, y la no menos asombrada madre, el gigantesco mexicano sacó su revólver, y vació el cilindro, metiéndose las balas en un bolsillo.

—Muy bien —dijo sonriendo—. Como me has demostrado que eres un hombre, te dejo mi cuete un rato... ¡Ve a matar indios!

Joaquín tomó el revólver, pero el peso le hizo vacilar. Se quedó con el arma en los brazos, mirando a todos lados sin saber qué hacer. Su hermano mayor se le acercó, y le musitó unas palabras al oído. Debió convencer a Joaquín, porque ambos salieron de la casa, seguidos inmediatamente por los demás.

Manolón miró a la viuda, que lo estaba contemplando con extraña expresión, que el mexicano interpretó con toda exactitud.

—No es malo llevar pistola, señora —musitó—. Lo malo es que las lleven los demás..., y no llevarla uno.

Ella no contestó. Abrió un armario, donde se veían dos hileras de botellas de tequila. Tomó una, se volvió, y vio la sorprendida mirada de Manolón:

—Aquí no se encuentra nada de esto —murmuró—, así que cuando Ramón iba a México, traía muchas botellas... Ramón era mi difunto marido.

Manolón se persignó precipitadamente.

—Que en paz descanse —dijo.

—Gracias —se sofocó la viuda—. Aquí tiene, señor Chávez.

—Gracias a usted... ¿Cuánto tengo que...?

—No, no... Es un regalo.

Manolón parpadeó. Luego, miró a la feísima Rosita, que lo estaba contemplando con la risa a flor de labios. Sí, era fea, pero tenía algo gracioso... Además, tenía lo que debe tener toda mujer... Era fea, pero no estaba mal... Manolón se sorprendió a sí mismo sonriendo, ante la estupefacción de la viuda.

—Señora —dijo—, ¿permite que sea Rosita quien lleve la botella? Si la llevase yo, a lo peor me la bebía por el camino.

—¡Ja, ja! —rió Rosita—. ¡Ja, ja!

—¡No rías más, tonta! —regañó la viuda—. ¡Y ve a llevar la botella a casa de la señorita Wanda! ¡Corre!

La mexicanita tomó la botella, y salió corriendo..., y riendo. Quedaron solos en la casa Manolón y la viuda, y Manolón, tras unos segundos sin saber que decir, musitó:

—No se crea lo de la botella, señora viuda... Yo no bebo... Bueno, sí que bebo, pero no a lo bestia... Vamos, lo que quiero decir...

—¿Quiere otra botella para usted? —susurró ella.

—No, no...

—A mí no me sirven de nada.

—Bueno... No sé... Se la pagaré, claro...

—Ya la pagó antes. Por aquí no hay mucho dinero, y el que le dio antes a mis hijos...

—Ojalá yo fuese Joe Kirkpatrick —gruñó Manolón.

—¿Quién? ¿Qué...?

—Si yo fuese Joe Kirkpatrick, habría robado más de veinte mil dólares... y se los daría todos a usted.

—¡Oh! ¿Ese hombre... es un ladrón?

—Y un asesino. ¡Ése sí que tiene la piel del demonio!

—¿Usted no es un ladrón, ni un...?

—No, no... ¿Ladrón? Bueno... Vaya, demonios... ¿De verdad me va a regalar otra botella, señora?

Ella fue a buscarla, y se la entregó.

—¿Quiere un vaso? —murmuró.

Manolón negó con la cabeza. Sacó su cuchillo, metió la punta en el tapón, y lo sacó. Luego, se bebió de un solo trago media botella de tequila, chascó la lengua, y dijo:

—Puritito veneno, no más —sonrió—. ¿Lo ve, señora? ¡Hay que beber con moderación! Ya sé que me he bebido media botella, pero tenga en cuenta que yo soy un nombre muy grande y muy fuerte... Lo necesito todo en cantidad... En mucha cantidad.

La miró detenidamente, con ojos chispeantes, y Carmen Martínez notó cómo su rostro, toda su piel, comenzaba a arder. Afuera se oían los gritos de un montón de niños, que debían estar jugando con el revólver de Manolón. A lo lejos, ladró un perro. Manolón no oía nada, sólo veía el sonrojado rostro femenino, que a él le parecía tan hermoso, con aquellos ojos tan grandes y relucientes... Se dio cuenta de que los dos llevaban demasiado tiempo callados, y carraspeó.

—Es una tequila muy buena —musitó.

—Ramón era muy listo... Ganaba mucho dinero, y siempre compraba cosas buenas...

Manolón frunció el ceño.

—Que en paz descanse —masculló.

—¿Quién?

—Ramón. Yo no soy muy listo, señora, pero soy muy, muy fuerte... Vea... Toque usted aquí.

La viuda retrocedió un paso cuando Manolón colocó un brazo doblado ante ella. Se había vuelto a sofocar, y estuvo unos segundos con la mirada fija en el suelo. Manolón no sabía qué hacer, pero, de pronto, ella alzó una de sus rollizas y fuertes manos, y apretó el abultado bíceps.

—¡Jesús! —exclamó, nuevamente sofocada.

Manolón hinchó el descomunal pecho, sonriendo, y dobló el otro brazo.

—Éste es igualmente fuerte —aseguró—. Toque, toque...

La viuda tuvo que colocarse entre ambos brazos del gigantesco mexicano para apretar el otro bíceps. Estaba como aturdida, pero de pronto reaccionó y se apartó.

—Sí —dijo con voz velada—. Es usted un hombre muy fuerte, señor Chávez... Muy fuerte y muy grande.

—Por eso, debería llamarme Manolón. Me gusta. No se lo va a creer, pero puedo levantar una mula como si nada. ¿Usted no tiene una mula?

—Tengo tres mulas y dos burras. Tendría que labrar la tierra con ellas, pero hace tiempo que no me obedecen. No quieren trabajar.

—¿No? ¡Las muy...! ¿Dónde están?

—¡En el corral, detrás de la casa!

—¿Me permite ir allí? ¡Ya verá lo que yo les enseño a esas bestias!

—No, no... Están muy resabiadas, pueden patearle...

—¿A mí? ¿Patearme a mí...? ¡Vamos allá!

Se fue hacia la puerta del fondo, seguido por la viuda, que insistía en que era peligroso, le rogaba que no hiciese nada... Nada más entrar en el gran corral, cuya puerta principal de acceso estaba a un lado, Manolón vio a las mulas y las burras. Pero había algo más. Todo estaba lleno de estiércol, un roble seco había caído de lado cruzando el corral, las hierbas crecían por el viejo muro que parecía a punto de derrumbarse...

La actuación de Manolón durante los siguientes cinco minutos, dejó a la viuda Martínez sumida en el más grande estupor de su vida... Lo primero que hizo fue acercarse a las mulas, y emprenderla con ellas y las burras a patadas y puñetazos, arrinconándolas hacia el fondo del establo; una de las mulas lanzó una aviesa coza, pero Manolón asió la pata, tiró hacia arriba, y derribó al animal, comenzando seguidamente a propinarle feroces puntapiés en el vientre...: Luego, siempre a puntapiés y puñetazos, la reunió con las demás, y las dejó allí temblorosas, aterradas... Con una pala enorme, comenzó a cargar el estiércol en dos grandes cajones, hasta que el corral estuvo casi tan limpio como la casa. Luego, empujó el roble caído hacia la gran puerta doble del corral. Por último, con un ronzal en la mano, se acercó a la mula que había intentado cocearle, y le dio en el morro con toda su fuerza, dejándola poco menos que muerta de miedo, hasta el punto de que no se movió un milímetro cuando le colocó el cabezal, ató a éste una soga de cáñamo, y anudó el otro extremo a una de las cajas.

—¡Arrrreeeee, maldita! —aulló.

Y le dio otro puñetazo en el vientre. La mula debió comprender perfectamente lo que se esperaba de ella y quién mandaba allí, porque comenzó a tirar hacia fuera del corral, arrastrando la caja. Luego, sacó la otra, y el gran roble seco... La buena vida se había terminado en el corral de la viuda Martínez.

Por fin, Manolón se plantó ante la viuda, jadeando, pero sonriente.

—Luego vendré a hacerle puras astillas ese roble, pa que cocine, señora. Nos vemos.

Y dejando sola a la estupefacta viuda, salió del corral.

CAPÍTULO III

Pete O'Rourke, desnudo de cintura para arriba, yacía en la cama, desmayado por la cura, que no había sido nada fácil, pues la herida, sucia de tantos días con la sangre amasando polvo, había estado cubierta con una costra enorme. La bella y rubia señorita Wanda estaba aterrada, y sobre todo asombradísima de que O'Rourke no hubiese muerto de una infección, que habría sido absolutamente natural y lógica.

—Pete es casi tan fuerte como yo —sonrió Manolón—. Bueno, bastante casi tan fuerte como yo.

—Pero eso no quiere decir nada —protestó Wanda—. ¡Debieron detenerse en algún sitio, hace días, para atender bien esa herida!

—Bueno... es que teníamos un poco de prisa, ¿sabe? Nos están esperando unos amigos en...

—Nos persiguen los rurales —cortó secamente Phil Corbett.

Wanda lo miró, sin asombrarse lo más mínimo, pero Manolón frunció el ceño. Corbett estaba sentado en una silla de palma, cerca de la ventana, mirando hacia la placita, fumando, hosco el gesto.

—¿Por qué? —musitó Wanda.

—Pos puritita manía que nos tienen —dijo Manolón—. Total...

—Intentamos asaltar una diligencia —dijo Corbett.

—¿No podrías tener cerrada la bocota? —explotó Manolón.

—¿Mataron a alguien? —susurró Wanda.

—No. Ni para eso servimos.

—¿Pero son... bandidos?

Manolón se echó a reír.

—¡Lo que somos es unos desgraciados! Usted dice que la ley viene aquí una vez al año, ¿verdad? Pues bueno, ya verá como la visita de este año la adelantan, y nos pillan aquí...

—No nos pillarán —dijo Corbett—, sólo hay cuarenta millas de aquí a la frontera de México, Manolón, una jornada.

—Sí... Una jornada estando descansados nosotros y los caballos —recapacitó Manolón—. Pero nadie recorre cuarenta millas en las condiciones en que estamos nosotros. Sobre todo, Pete. Al curarle, lo hemos estropeado, tendrá que descansar dos días por lo menos...

—Yo creo que podrá descansar más tiempo —murmuró Wanda—. Ya verás como nadie llega a Valle Salazar en mucho tiempo. Hay caminos más fáciles para ir a México, pueblos donde hay de todo, cantinas, comida, bebida... Y aquí no hay nada. Podrán descansar tranquilos.

Corbett la miró casi ceñudamente. Luego, miró a O'Rourke, que dormía respirando profundamente. De nuevo miró a la muchacha. Y de pronto, miró a Manolón.

—¿Y tu revólver?

—Se lo he prestado a los hijos de la viuda.

—¿Qué has prestado el...? ¿Estás loco?

—Pues yo creo que no, Phileas —sonrió Manolón.

—¡Y yo digo que sí! ¡Por mi padre, tú estás loco, Manolón! ¡Prestar el revólver a unos niños...!

—Lo descargué antes.

—¡Lo descargaste antes! ¡Maldita sea tu estampa...! ¿Cuándo has visto tú que un tipo como nosotros preste su revólver a nadie?

—Nunca. Y es la primera vez que lo hago yo... Aquí se está bien y tranquilo, Phileas.

—¿Estás hablando en serio?

Manolón vaciló visiblemente.

—Pues... Bueno, hombre, yo, creo que no hay para tanto... Ya me conoces; ni a mi padre le habría dejado el revólver, pero en este pueblito...

—Escucha —Corbett señaló la ventana—. ¿Ves esa calle? ¡Por ahí, procedentes del norte, van a llegar en cualquier momento los rurales de Texas, y...!

—Está bien, está bien... Iré a buscar mi revólver... Vete al demonio, Phileas, ¿dónde está Jaja?

—¿Yo qué demonios sé?

Manolón soltó un bufido, y salió del cuarto. Iba hacia la puerta de la casa cuando tras él oyó unas risas...

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja ja...! ¡Ja, ja!

Frunció el ceño, dio media vuelta, y se dirigió a la cocina. La puerta estaba entornada, así que sólo tuvo que adelantar la cabeza para echar un vistazo al interior: riendo, Jaja Pérez López perseguía a Rosita alrededor de la

mesa. Ambos reían alegremente, iluminados sus feos rostros. Ella se volvía, le provocaba con la mirada, y seguía escapando de las ávidas manos; de Jaja, tendidas hacia ella. La fea mexicanita era muy hábil en escapar, pero por fin una de las manos de Jaja asió el borde de su blusa, por detrás, y la rasgó. Inmediatamente, Rosita se detuvo, y se volvió. Jaja quedó como clavado en el suelo, y sus ojos se abrieron mucho al ver al descubierto un hombro de la muchacha, y parte de uno de los senos. Durante unos segundos, ambos permanecieron inmóviles, como petrificados.

De pronto, Jaja alzó ambas manos, tomó a la muchacha por los hombros, y la atrajo. Rosita se abrazó a su cintura, alzó la barbilla, y sus grandes ojos rientes quedaron fijos en los de Jaja, que parecía aturdido. Tragó saliva, vaciló un instante, y comenzó a inclinarse hacia la boca de Rosita, que cerró los ojos y entreabrió los labios... Cuando Jaja llegó a completar el beso, ella se abrazó; más fuertemente. El silencio era impresionante.

Bruscamente, Manolón dio media vuelta, y se alejó de la cocina. Salió de la casa, cruzó la placita, directo hacia la casa de la viuda, y entró en ella como si fuese la propia. La viuda Martínez estaba ante: el fuego, inclinada, acabando de preparar la comida que, evidentemente, Rosita había olvidado... Al oírlo, se volvió, y se quedó mirándolo, intentando conseguir una sonrisa de bienvenida por encima de su expresión de desconcierto.

Manolón fue hacia ella, se plantó delante, y dijo:

—Que en paz descanse.

Rodeó con sus brazos el frescachón, sanote y abundante cuerpo de la viuda, y dispuesto a dominar cualquier intento de resistencia por parte de ella, la besó en la boca. No tuvo que emplear su colosal fuerza para nada, porque Carmen se abrazó a él, y mientras correspondía a su beso. Manolón se sintió transportado al «puritito» paraíso.

Sí, señor... Que en paz descanse el finado Ramón.

* * *

Se sentía descansado y bien, como si jamás le hubiese dolido nada. Durante unos segundos, estuvo mirando la luz del sol, en aquella ventana que tenía cortinas muy bonitas y limpias. Y eso le hizo recordar, bruscamente, la realidad de su situación.

Lanzó una exclamación ahogada, quiso incorporarse y una mano se posó en su hombro, reteniéndolo acostado.

—No se levante aún —dijo un ángel—. Mañana estará mucho mejor.

Pete O'Rourke desvió sus ojos hacia el ángel. Era un ángel rubio, de dulce voz, ojos azules, expresión triste. Estaba sentada en una silla, junto a la cama, y todavía tenía la mano sobre su hombro.

—Es usted...

—Se ha pasado dos días durmiendo —susurró ella—. Apenas ha despertado un minuto dos o tres veces, pero me parece que no se daba cuenta de nada, señor O'Rourke.

—No. No me daba cuenta de nada... ¿Llevo dos días, aquí, en esta cama?

—Sí. Pero el peligro ya ha pasado.

O'Rourke parpadeó. ¿El peligro? Peligro... ¿De qué? De pronto, respingó, y pese al intento de Wanda por contenerlo, se sentó en la cama, bruscamente, y su mirada fue hacia la cabecera, instintivamente, en busca de su revólver. Lo vio allí, donde debía estar y alargó un brazo hacia el arma, la empuñó, y de pronto se encontró con los ojos de Wanda fijos en los suyos.

—Ya les dije a sus amigos qué aquí no vendrán los rurales de Texas —musitó ella—. Nunca viene nadie.

Pete O'Rourke casi no oía las palabras de la muchacha. Le importaba mucho más su expresión. Aquella extraña expresión de profundísima tristeza pareció penetrar en él, lentamente, como un cuchillo mal afilado que fuese desgarrando su carne.

—¡Lo siento! —susurró—. Lo siento de veras...

—Su reacción es normal —susurró también ella—. Mis hermanos y mi padre hacían lo mismo. Y mi marido.

—¿Qué...?

—Los mataron a todos. Los ahorcaron.

Pete O'Rourke se sintió de pronto como helado por dentro.

—¿A quiénes?

—A mi marido, a mi padre, a mis dos hermanos... Los cazaron en Silver Mountains, hace ya más de un año...

—¿Quiénes los cazaron?

—La ley. Yo iba con ellos...: Con toda la banda. Siempre había ido con ellos, y tuve que seguir con ellos cuando mi padre me obligó a casarme con Jonah, su lugarteniente. Siempre con ellos, de un lado a otro, como si yo también robase y matase como ellos... Yo era de la banda también, ¿verdad?

O'Rourke tragó saliva.

—No... no sé... —tartamudeó—, no sé lo que dice...

—Sí. Lo sabe. Ya me ha entendido. Y yo les entiendo a ustedes y a sus amigos. Les comprendo. Siempre están huyendo, como hacían los míos...

Tuve un hijo con Jonah. Tenía dos años cuando lo mataron.

—¿A quién? —casi gimió O'Rourke.

—A mi hijo. Era un niño muy hermoso, rubio, con los ojos azules — Wanda sonrió dulcemente, perdida la mirada—. Era un niño muy hermoso, que siempre iba conmigo en el caballo. Yo le pedía a mi padre y a Jonah que nos dejaran a los dos en cualquier parte, que no nos obligasen a ir con ellos, pero siempre me lo prohibieron. Tenía que estar con ellos. Por eso, un día, los rurales mataron a mi hijo.

—¿Los rurales mataron a...? ¡Eso no es posible!

—¡No fue culpa de ellos...! Nos acorralaron a toda la banda... Yo le dije a mi padre que debíamos entregarnos. Primero me miró con aquella furia en sus ojos, pero luego sonrió. Dijo que había tenido una gran idea, y se fue detrás de una roca para gritarles a los rurales que iban a entregarse todos. Yo tomé a mi hijo en brazos, y me fui para allí también. Cuando mi padre gritó que se iban a entregar bajo ciertas condiciones, uno de los rurales se acercó, dispuesto a escucharlo, a llegar a un acuerdo. Mi padre lo asesinó: cuando apareció aquel rural, le disparó, y le reventó la cabeza. Entonces, los rurales comenzaron a disparar, mataron a casi toda la banda y a los que quedaron vivos, los ahorcaron después de juzgarlos. A mí me dejaron marchar. Y ya no tema nada. Nada, nada, nada... No tenía padre, ni hermanos, ni hijo... La última vez que lo tuve en mis brazos estaba muerto. Una bala había atravesado su cuerpecito, y me había herido a mí... Y ahora no tengo nada, nada, nada... Tengo mi vida, pero... ¿para qué la quiero?

Pete O'Rourke abrió la boca, pero en el acto se hizo una pregunta: ¿qué podía decir? ¿Qué podía decirle a aquella muchacha? Si acaso que comprendía ahora aquella profunda tristeza en sus bellos ojos... ¡Porque eran tan bellos, tan hermosos...! O'Rourke vio las dos lágrimas colgando de las largas pestañas, y tuvo la impresión de que el corazón se le hacía pequeño. ¿Por qué no se le ocurría algo? Tenía que decir algo. Algo que calmase el dolor de Wanda, pero no se le ocurría nada. Nada, nada, nada. Estaba tan vacío como ella misma, no tenía nada, nada, nada.

Pero decidido a romper aquel silencio, dijo:

—¿Usted sabe leer y escribir?

Wanda lo miró, parpadeó, y las dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Sí.

—Yo no. Y me gustaría tanto... Pero debe ser muy difícil.

—No. No lo es. Pero requiere tiempo.

—¿Cuánto?

—No sé... Depende... Semanas, meses quizá.

—¿Yo podría aprender?

—Claro.

—Pero tendría que quedarme aquí...

—Sí... sí.

—¿Usted me enseñaría?

—Sí... Le enseñaría.

—Entonces, yo podría ser filósofo. ¿Usted sabe lo que es un filósofo?

—Sí —sonrió Wanda, dulcemente—. Lo sé. Desde que vine a vivir para siempre a Valle Salazar, he leído muchos libros. Gano un poco de dinero cuidando a los niños del pueblo, y les digo a sus padres que tienen que traer libros. Siempre qué van a México, o a Texas, traen los libros que yo les pido. He enseñado a leer a casi todos los niños de Valle Salazar.

—¿Entonces? ¿por qué dice que no sabe para qué quiere su vida? La vida se quiere para vivirla.

—¿Eso es una filosofía? —volvió a sonreír Wanda.

—No sé. Pero los que estamos vivos tenemos que vivir, me parece a mí.

—Debe tener usted razón.

—Sí, la tengo.

—Y sus amigos también deben tenerla. Sobre todo, Manolón y Jaja. Ellos sí le entienden a usted.

—¿Por qué dice eso?

—Porque están viviendo la vida mientras están vivos. Usted no lo sabe porque ha estado durmiendo, pero durante estos dos días, ellos han encontrado motivos para vivir la vida.

—¿Qué motivos? —parpadeó Pete.

—Carmen y Rosita.

O'Rourke quedó un instante estupefacto.

—¿Quiénes son?

—Una es la viuda Martínez. Le hablé de ella, ¿recuerda? La otra es la mexicanita que vino a traer la botella de tequila antes de que yo le curase a usted la herida.

—Sí —sonrió Pete—. Las recuerdo a las dos. ¿Y dice usted que Manolón y Jaja...?

—Sí —sonrió también Wanda—. Se pasan el día con ellas. A Jaja y a Rosita se les ve besándose y riendo por todas partes.

—¿Y Manolón no besa a la viuda?

—En Valle Salazar sospechamos algo más que eso. Pero son más discretos: casi siempre están en la casa.

—Entiendo —rió ahogadamente el herido—. Vaya, me alegro mucho por Jaja. Y por Manolón. En el fondo, es un hombre de suerte... ¡De mucha suerte! Le han ahorrado más de la mitad del trabajo.

—¿De qué trabajo?

—Él quería encontrar una mujer grande, fuerte y hermosa... y tener doce hijos con ella. Puesto que la viuda ya tiene siete hijos, yo pienso que Manolón tiene hecho más de la mitad del trabajo, ¿no le parece?

Wanda estuvo un par de segundos atónita. De pronto, se echó a reír. Y a O'Rourke le pareció una niña súbitamente feliz, sin recuerdos, sin pasado, sin temores... La vida que ha pasado, jamás volverá: hay que vivir el presente, quizá pensando un poco en el futuro, pero nunca en el pasado. Ésta le pareció una buena filosofía, pero no la dijo. Solo, sin darse cuenta realmente, tomó una mano de Wanda, y se quedó mirándola. Ella dejó de reír, y también se quedó mirándole fijamente, un poco arrebolado el rostro. Ninguno de los dos dijo nada. Simplemente, estuvieron así, mirándose, tiempo y tiempo... hasta que, inesperadamente, silencioso como un gato, Phil Corbett apareció en el cuarto.

Los dos volvieron la cabeza hacia él, que parecía haber quedado clavado en el suelo. Miró de uno a otro, dio media vuelta, y se dispuso a salir, pero Pete O'Rourke dijo:

—Hola, Phil. ¿Querías algo?

Corbett dio de nuevo media vuelta, y miró a su amigo, a su viejo compañero de correrías.

—Venía a ver cómo estás.

—¡Estoy muy bien! —sonrió O'Rourke.

—Sí... Ya lo veo. ¿Cuándo crees que podremos seguir cabalgando hacia México?

—No sé.

—He limpiado los caballos, les he dado grano para comer, y han bebido agua fresca. Están descansados. También nosotros estamos descansados, Pete... Yo creo que no debemos abusar de nuestra suerte.

—¿A qué te refieres?

—Llevamos dos días aquí. En ese tiempo, una pareja de rurales es capaz de recorrer media Texas.

—No digas barbaridades.

—Quizá sea una barbaridad, pero yo creo que deberíamos partir cuanto antes. Lo extraño es que en estos dos días, ellos no hayan llegado ya aquí.

—Ya les dije que no vendrán —musitó Wanda, retirando lentamente su mano de la de O'Rourke—. Nunca vienen. Cuando buscan a alguien, lo hacen por otros sitios, porque saben que si alguien quiere escapar a México, lo hará por pasos, mejores que Valle Salazar.

—Pues sí que estamos de suerte —refunfuñó Corbett—. ¡Hasta para eso somos tontos! Si hubiésemos escogido otro camino, ya estaríamos en México.

—Quizá no —dijo Wanda—. Por otro camino, los rurales los habrían buscado. Por éste, no.

Phileas Corbett estuvo unos segundos mirando a Wanda, con el ceño fruncido. Aparentemente, la mirada era hostil, pero Pete O'Rourke conocía muy bien a su amigo, y, por sorpresa, experimentó hacia él un sentimiento de dolor, de pena. La revelación fue brusca, en verdad sorprendente, pero diáfana para Pete O'Rourke: Phil Corbett se había enamorado de Wanda.

—Tomaremos una decisión mañana, Phil —murmuró O'Rourke—. ¿Te parece bien?

—De acuerdo, Pete —Corbett vaciló—. Escucha... Es posible que Jaja y Manolón no quieran venir con nosotros.

—¿Por qué?

—Están enamorados..., o algo así. Están todo el día besándose con esas mexicanas... Manolón ha metido, en un puño a las mulas de la viuda, y en estos dos días ha labrado la mitad de sus campos. Jaja corta leña, arregla el corral y la casa, le ayuda en todo... Ellos parecen estar muy bien en Valle Salazar.

—Cualquiera estaría bien aquí, Phil.

—Cualquiera que no lleve detrás a los rurales. Por nuestra parte...

Phil Corbett dejó de hablar para soltar un respingó cuando el primer tañido, fortísimo, pareció taladrarle, los tímpanos. Su sobresalto fue tal que se encontró de pronto con la mano sobre el revólver. Pete O'Rourke se puso en pie velozmente, y también su mirada fue un instante hacia el arma que había dejado en la cama. Los ojos de ambos giraron en todas direcciones, con expresión alarmada, mientras la campana de Valle Salazar seguía lanzando a todos los vientos su fuente tañido:

Tan-tan, talantán, tan-tan, talantán... ¡Tan-tan, Talan-tan, Tan-tan...!

Corbett tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Qué demonios pasa ahora? —gritó.

—Están llamando al cura —dijo Wanda, sosegadamente.

—¡Ya sé eso!... Pero ¿para qué? ¿Para qué queremos ahora un cura en este pueblo? ¿Quién demonios será el que...?

Por la calle, en la placita, empezaron a oírse gritos de chiquillos corriendo de un lado para otro. Gritaban algo, pero todavía tardaron unos segundos en comprender sus palabras, por entre los cada vez más fuertes tañidos de la campana de Valle Salazar.

—¡Manolón y Jaja están llamando al padre para casarse! ¡Venid todos! ¡Manolón y Jaja están tocando a la vez la campana, para que venga el padre a casarlos! ¡Corred, vamos a verlos...!

Tan-tan, talantán, tan-tan, talantán...

—¿Están locos? —gritó Corbett—. ¡No podemos llevar mujeres con nosotros...!

—Quizá ellos quieran quedarse, Phil —dijo O'Rourke. Se imaginó a Jaja y a Manolón asidos a la cuerda, riendo los dos, tirando con todas sus fuerzas... y sonrió. Wanda vio su sonrisa, y también ella sonrió. O'Rourke la tomó por los hombros y la atrajo suavemente.

—Si tú quieres, yo también me quedo —susurró.

Posiblemente ella no oyó bien sus palabras, pero sí las intuyó: o quizá las sintió dentro, repicando en su corazón, con más fuerza que aquella campana. Cerró los ojos, y asintió con la cabeza. Pete O'Rourke la estrechó contra su vendado pecho, y cuando ella alzó los labios temblorosos, él los apaciguó, besándolos suavemente.

Tan-tan, talantán; tan-tan, talantán...

Tan-tan, talantán, tan-tan, talantán...

El sonido de la campana se fue extendiendo en muchas millas a la redonda, como rebotando por los valles, de montaña en montaña, de árbol en árbol..., hasta llegar a aquel grupo de secos robles que proporcionaban una aceptable sombra a la partida de nueve hombres que descansaban de una evidente larga cabalgada. Sucios, barbudos, los torvos rostros crispados por el cansancio, el calor... Estaban tumbados, como dormidos, pero en menos de un segundo los nueve se habían sentado y cambiaron miradas unos con otros.

Tan-tan, talantán, tan-tan, talantán...

—¿Qué es eso? —masculló uno de ellos.

—No sé —replicó otro.

—Parece... una campana —dijo un tercero.

Hubo unos segundos de silencio, que todos dedicaron a escuchar con toda atención el «tan-tan, talantán». Por fin, uno comentó:

—A lo mejor, estamos más cerca de México de lo que pensamos. Ésa debe ser la campana de una iglesia.

—En Texas también hay iglesias —gruñó otro.

—Pero... ¿Y si estuviésemos a cinco o seis millas de México? Deberíamos seguir ahora mismo, sin perder ni un segundo... ¿Qué dices tú, Joe?

Todas las miradas fueron hacia Joe Kirkpatrick, que no había hecho hasta entonces el menor comentario. Era un sujeto alto, fuerte, de cabellos y barba rojos, ojos verdosos y pequeños, expresión cruel y astuta. Llevaba dos revólveres, y en ambas culatas se veían una buena cantidad de muescas... En lugar de responder enseguida, Joe Kirkpatrick miró hacia donde el sol caía con la fuerza de cien mil demonios rabiosos, bañándolo todo en color oro y enrojando las artemisas. Desde luego, ponerse a cabalgar bajo aquel sol era una locura. Sobre todo con aquellos caballos, que reponían sus escasas fuerzas a la sombra, de pie, todavía cubiertos de sudor y polvo...

Seguramente, Joe Kirkpatrick pensó más en los caballos que en los hombres cuando dijo:

—Necesitamos encontrar agua y buena sombra. Y yo creo que esa iglesia no puede estar muy lejos. Si hay iglesia, hay gente... Y si hay gente, hay agua. Descansaremos un rato más, y luego echaremos un vistazo... ¡A ver si este maldito sol afloja un poco!

CAPÍTULO IV

El sol comenzaba a caer dulcemente por encima de las montañas de la parte izquierda de Valle Salazar, proporcionando una fresca sombra vespertina a todo el valle, cuyos habitantes se habían congregado, en su totalidad, en el porche y delante del porche de la casa de la viuda Martínez. Todo eran risas, y el tequila corría alegremente entre los hombres, que de cuando en cuando soltaban un bromazo:

—¡Manolón, vaya bocado! —decía uno.

—¡Más que bocado, es toda una comida! —decía otro—. ¡Un banquete!

Volvían a reír todos, mientras la viuda Martínez se sofocaba y miraba de reojo a Manolón, que la tenía abrazada por la cintura con un brazo, sostenía en la otra una botella de tequila, y cantaba con fortísima voz, acompañando a Jaja, que tocaba su guitarra, ante la riente admiración de Rosita, que se había sentado a sus pies, embelesada:

«¡Aay, corazón, me tienes enamorado, Me tienes enamorado, corazón, así que ya estoy cazado...!».

Se oyeron más risas, se lanzaron «carcajiaos», se hizo correr de nuevo la tequila. Los niños, a un lado, contemplaban con los ojos muy abiertos la alegría de los mayores. Juan, José, Jacinto, Jesús, Jerónimo, Jaime y Joaquín, agrupados, contemplaban entusiasmados a su nuevo futuro padre, tan alto, tan grande, tan fuerte... ¡Y además tenía una pistola, y sabía cantar! ¡Vaya si cantaba bien!

Sentados en sendas sillas a la sombra del porche, Wanda y O'Rourke contemplaban la fiesta sonrientes, tomados, de la mano, en silencio ambos. De cuando en cuando se miraban, y eso era todo... Estaban esperando el momento... Cuando la fiesta estuviese en su punto máximo, ellos también irían a tocar la campana, dando así la sorpresa a todos... Excepto a Phil Corbett, que permanecía de pie en un extremo del porche, abrazado a un poste, sombría la expresión.

O'Rourke le dirigía frecuentes miradas, pero ni una sola vez el viejo compañero las aceptó. Hermético, sombrío, fijaba obsesionadamente su

mirada a lo lejos, sumido en sus pensamientos... Pete O'Rourke sabía cuáles eran estos pensamientos, pero... ¿qué podía hacer? Había encontrado a Wanda y, con ella, todo lo que quería tener. Y Wanda, por fin, gracias a él, empezaba a olvidar cosas terribles...

Seguramente, cuando le dijese a Phil que él pensaba quedarse en Valle Salazar, Phil se iría. Y se iría solo... Después de años y años de correrías juntos, de buena amistad, Phil se iría, porque no querría estar cerca de Wanda...

«¡Y atando te veo a mi lado, corazón, tan bella y engalanada..., sé que eres mi amada!».

Más risas, silbidos, gritos. Y más tequila. Seguramente en aquella fiesta se iban a terminar las reservas de tequila del finado Ramón..., que en paz descanse.

—¡Yo, yo, yo...! —gritaba Jaja—. ¡Ahora voy a cantar yo solo un desafío para Manolón! ¡Atención!...

Wanda apretó suavemente la mano de O'Rourke, y éste la miró sonriendo. Vio la mirada de ella, tensa, fija en un punto; miró hacia allí y vio a Phil Corbett acercándose a Manolón y Jaja, un poco demudado el rostro. ¿Qué le ocurría? Se abría paso rudamente, pero nadie protestaba...

En pocos segundos, Corbett llegó ante Jaja, que estaba templando la guitarra mientras meditaba en los amistosos insultos que dirigiría a su gigantesco amigo... Phil Corbett alzó un pie, y lo puso sobre la mano de Jaja, sobre la guitarra...

Se hizo un silencio terrible, de pronto.

Jaja alzó la mirada iracundo y la fijó en Corbett. Manolón, fruncido el ceño, también miraba a su compañero. Éste, por toda explicación a su incomprensible actitud, aceptó ambas miradas, y entonces, con la barbilla, señaló hacia el norte.

Absolutamente todos miraron hacia allá. Pete O'Rourke notó el sobresalto en la mano de Wanda y lo comprendió perfectamente... En un instante todo se venía abajo. En un segundo el risueño panorama había quedado destrozado... por aquella nube de polvo que se veía a lo lejos, descendiendo hacia el fondo del valle...

—Por lo menos son ocho o diez —dijo Manolón, con voz ronca.

—Todo un pelotón de rurales —añadió Jaja con voz menos ronca.

Wanda estuvo a punto de decir que quizá no fuesen rurales, pero optó por callarse. Ya les había fallado una vez: les había dicho que allí nunca iba nadie, y ahora, de pronto, se acercaban ocho o diez jinetes...

—Todavía tardarán cinco minutos en llegar —musitó Corbett—. Tenemos tiempo de ensillar los caballos... Los de ellos tienen que estar muy cansados: jamás nos alcanzarán antes de llegar a México. Pero hemos de darnos prisa. —Se dirigió a la puerta de la casa de la viuda Martínez, para llegar por allí al corral, donde tenían sus caballos; pero se detuvo en seco, porque ninguno de sus amigos se había movido—. ¿Qué os pasa? ¡Vamos!

Manolón también estaba un poco pálido, y hasta parecía que su gran bigote se iba marchitando por segundos. Pero miró a Carmen, tragó saliva y movió negativamente la cabeza.

—Yo me quedo, Phil.

—Yo también —dijo enseguida Jaja.

—¿Estáis locos? ¡Todavía estamos a tiempo! Podemos escapar por el corral, y bajar por el arroyo... No verán polvo, no sabrán que cuatro jinetes están marchando de aquí... Pete, convénceles.

—Yo también me quedo, Phileas —susurró O'Rourke.

—¿Queréis que os ahorquen?

Wanda soltó un gemido y bajó la cabeza. O'Rourke la abrazó contra su pecho, comprendiendo los terribles recuerdos que aquellas palabras reavivaban en la muchacha.

—¿Ahorcarnos por cuatro tonterías? —negó con la cabeza—. No lo creó, Phil. Nosotros sabemos muy bien que sólo somos unos desgraciados... No hemos asesinado a nadie. Sólo hemos hecho pequeñas fechorías, y el intento de asalto a una diligencia... Pequeñas tonterías. Yo voy a entregarme.

—¡Estás loco, Pete!

—Sólo estaré un año o dos en un penal; Luego, volveré a Valle Salazar. Si me fuese, tendría que llevarme a Wanda conmigo... Y no puedo hacer eso.

—Será mejor que te vayas, Phileas —dijo Manolón, sonriendo—. Tú puedes hacerlo, compañero. Buena suerte...

—¡Pero es una locura...! Si fuese para apoyaros en algo me quedaría, lo sabéis, pero para entregarnos...

—Sabemos que podemos contar contigo... —sonrió O'Rourke—, pero no estás obligado a esto, Phileas. De verdad, buena suerte.

Phil Corbett parpadeó. Miró a sus amigos de uno en uno, lentamente. ¿Cuánto tiempo llevaban, juntos? Años. Años y años... Ya no recordaba cuántos. Por ellos, por cualquiera de ellos, Phileas Corbett estaba dispuesto a dar la vida, si era preciso. Pero... ¿por qué entregarse? Ésa era una decisión de ellos, sólo de ellos. Si le hubiesen dicho que iban a sacar los revólveres se

habría quedado hasta el fin. Pero... ¿ir varios años a la cárcel? Aunque sólo fuesen uno o dos... ¡Un año entre rejas!

Tragó saliva y dijo:

—Adiós, compañeros.

Ninguno de los tres contestó. Pero le miraban afablemente, cariñosamente. Le comprendían, y no le reprochaban nada. Jaja sonrió y le guiñó un ojo. Manolón también sonreía. Pete le contemplaba con aquella sonrisa tan extraña, que siempre había tenido un poco sorprendido a Corbett: una sonrisa que, más que en el rostro, parecía estar dentro de su amigo, muy dentro: aquella sonrisa que Pete esgrimía tan pocas veces pero que, cuando lo hacía, era suficiente para ganarse la simpatía y el afecto de cualquiera... Seguramente, Wanda había sabido encontrar aquella sonrisa, y su significado inalcanzable para Phil Corbett...

Éste dio media vuelta, de pronto. Entró en la casa, y todos quedaron afuera en silencio, oyendo el rumor de sus movimientos. Su caballo piafó, una sola vez, seguramente cuando le puso la silla... Después oyeron los cascos del caballo, pero sólo unos segundos. Salió por la doble puerta del corral, fue hacia el arroyo y se alejaba, se alejaba, se alejaba... sin dejar huella alguna. Los rurales no podrían seguirle, no tendrían el menor inicio. Y, ciertamente, no serían Jaja, Manolón o Pete quienes le delatasen...

—Hagamos, las cosas bien —dijo O'Rourke, poniéndose en pie.

Se quitó el cinto con el revólver, y lo colgó de un clavo en uno de los postes del porche. Manolón le tendió el suyo, y Jaja le lanzó el cuchillo sonriendo, sin que O'Rourke se inmutase al oírlo silbar junto a su rostro antes de clavarse junto a los revólveres.

—En cierto modo —comentó O'Rourke, sonriente— esos rurales se han librado de una buena, me parece a mí. ¿Les entregamos también los rifles?

—Están colgados en el corral, con los demás —dijo Manolón—. ¡Qué carajo, que los tomen ellos!

Se oyeron algunas risas, evidentemente nerviosas. Algunos de los pacíficos habitantes de Valle Salazar comenzaron a marchar, pero Jaja produjo un acorde con su guitarra.

—¿No sigue la fiesta, cuates? ¿Nadie quiere oír lo que tengo que cantarles a Manolón y a doña Carmen cita?

—Déjales, Jaja —murmuró O'Rourke—; es mejor que se marchen, por el momento. Nunca se sabe.

—Vosotros —señaló Manolón a sus siete futuros hijos—, entrad en la casa ahorita mismo. Y sería mejor que las mujeres también se...

—Yo me quedo —dijo Wanda.

Rosita y Carmen no dijeron nada, pero tampoco hacía falta que hablasen; su actitud no podía ser más clara. Todos los demás, desaparecieron en pocos segundos.

—Pos allá va —dijo Jaja, rasgueando de nuevo la guitarra—. Ya verás cómo se ríen hasta los rurales. Manolón. Mírales: están tan cerquita ya, que podrán oír...

—No son rurales —dijo O'Rourke.

—¿Qué?

La partida de hombres había entrado ya en el pueblecito, y todos llevaban el rifle en una mano, mientras miraban a todos lados. Se dirigían directamente al pozo, ya todos iban mirando hacia el porche de la viuda Martínez.

Inconscientemente, O'Rourke había mirado los pechos de aquellos hombres, esperando ver la brillante estrella de latón... Pero ninguno la llevaba. Además, eran nueve... ¿Nueve rurales para cuatro desgraciados como ellos?

—No son rurales —repitió roncamente—. No llevan placa. ¡No os mováis!

Había entrevisto el movimiento de Jaja y Manolón hacia sus armas, pero ya no podían hacer nada. Si intentaban tocarlas, los rifles de aquellos hombres cubrirían de plomo el porche. Y el plomo no sabe si rasga carne de hombre o de mujer... Los dos mexicanos se dieron cuenta de la estúpida y peligrosa situación en que se habían colocado, pero también comprendieron que Pete tenía razón: ya no se podía hacer nada... A menos, que quisieran morir los tres con las tres mujeres.

Los jinetes se habían detenido ya, rodeando el pozo. Estaban a menos de veinte yardas, y parecían no reparar en la presencia de las únicas seis personas que se veían en el pueblo. Pero, naturalmente, les habían visto y les tenían bien controlados. Dos de los jinetes desmontaron y uno de ellos comenzó a tirar de la cuerda que amarraba el cubo. Comenzó a tirar, y se oyó el suave chirrido de la polea, un poco oxidada. Eso era todo. Cuando el cubo estuvo fuera, rebosante de agua fresca, el jinete más corpulento, pelirrojo, barbudo, sucio, de ojos verdes y pequeños, bebió. Luego, uno a uno, fueron bebiendo los demás hombres, siempre en silencio, siempre mirando a todos lados. Cuando hubieron bebido todos, el pelirrojo barbudo hizo un gesto que fue fácilmente interpretado: ahora debían beber los caballos.

Dos hombres se quedaron junto al pozo, para ir sacando agua. Los demás, tras desmontar, se acercaron al porche. El pelirrojo hizo otra seña, y uno de

sus compañeros se hizo cargo del cuchillo de Jaja y de los revólveres de O'Rourke y Manolón.

Ante ellos, con las manos en la cintura por encima de las culatas de sus revólveres, el pelirrojo, casi tan gigantesco como Manuel Chávez, les contemplaba atentamente con curiosidad, con sorpresa incluso en sus verdosos ojos crueles..., en los cuales apareció un chispazo al posarlos en Wanda.

Luego, por instinto, su mirada quedó fija en Pete O'Rourke, y su pulgar señaló hacia atrás.

—¿Qué pasa con esas pistolas? —preguntó amablemente.

—Sólo las usamos contra algunos indios... o conejos. Las ponemos ahí siempre que llegan forasteros, para que sepan que somos gente de paz.

El pelirrojo entornó los ojos, sonriendo divertido, casi sarcástico.

—Es una buena táctica —aprobó—. ¿Qué lugar es éste?

—Considérense bien venidos a Valle Salazar.

—Muy amable... ¿Valle Salazar? Nunca he oído ese nombre...

—Pues ya ve que el lugar existe.

—Sí, lo veo. ¿Estamos en México?

—No. La frontera está a cuarenta millas al sur.

—¡Cuarenta millas!... ¿Pretende tomarme el pelo? ¡Tenemos que estar mucho más cerca!

—No. Se han metido en Valle Salazar, que forma una curva dentro de la frontera de México. Cuarenta millas, ni una menos. Por eso nadie que quiera ir a México pasa nunca por aquí. Es un pueblo pequeño, pobre y aburrido.

El pelirrojo se rascó la barba del cuello, que debía picarle como un millón de escorpiones.

—Eso parece... Pequeño y pobre, pero no aburrido. ¿No estaban tocando la guitarra?

—Sí. Dábamos una pequeña fiesta.

El pelirrojo asintió. Miró las botellas de tequila mediadas, distribuidas por el porche. Tomó una de ellas, bebió un corto trago, y contempló inexpresivamente a sus hombres, mientras se apoderaban de las demás. Sus ojillos, girando, terminaron el recorrido en el campanario de la iglesia, casi derruida.

—¿Ustedes tocaron esa campana?

—Sí.

—¿Por qué? Esos toques nos llamaron la atención, y nos han desviado de nuestra ruta hacia la frontera... ¿Por qué demonios tenían que tocar la

campana?

—Para que viniera el padre Anselmo. Es un cura que está en México. Cuando le necesitamos tocamos la campana, y siempre la oye alguien, lejos, que le lleva la noticia al padre Anselmo. Entonces él viene a toda prisa. Supongo que estará aquí mañana temprano.

—Ya. ¿Y para qué quieren a ese tipo?

—Para que nos case a mis amigos ya mí.

El pelirrojo frunció el ceño.

—Ellos son greasers, pero usted es yanqui, ¿no?

—Tejano.

—¿Y se va a dejar casar por un cura mexicano?

—¿Qué más da?

El pelirrojo sonrió ahora, fijando su mirada en Wanda, que bajó la mirada velozmente.

—Claro... ¿Qué más da? Además, por lo que veo, vale la pena la boda, los case quién los case. ¿Verdad, muchachos?

Hubo algunas risitas maliciosas... De pronto, el pelirrojo sacó el revólver derecho, a una velocidad que dejó pálidos a los dos mexicanos y a O'Rourke. La verdosa mirada se clavó en la puerta de la casa.

—Salga de ahí quien sea —deslizó fríamente—. ¡Salga!

O'Rourke iba de nuevo a hablar, para explicar la situación, pero apareció Juan. Luego, José. Luego, Jacinto... Así, hasta los siete hijos de la viuda, que se quedaron como siempre, formando escala, mirando con curiosidad al grupo de forasteros. Hubo de nuevo algunas risitas.

—Buena carnada de pequeños grasientos —dijo el pelirrojo—. ¿De quién son?

—Son los hijos de mi novia —dijo Manolón.

Primero pareció que los nueve hombres no entendían aquello. De pronto, uno de ellos empezó a reír, y los demás le imitaron... El pitorreo fue tal que Manuel Chávez enrojeció un instante y luego quedó pálido... Quizá se habría levantado si Jaja, sentado, junto a él, no le hubiese sujetado fuertemente por una manga.

—¡Pues vaya novia, greaser! Es muy despabilada, ¿no? ¡Se presenta a la boda con mucho trabajo ya hecho!

Todos volvieron a reír. Manolón ya no podía estar más pálido; era como si jamás hubiese estado tan bronceado por el sol que a veces parecía mestizo. O'Rourke también se había puesto a su lado, apoyando una mano, con discreta fuerza, en el hombro derecho del gigantesco mexicano.

—Ella es viuda, amigos —explicó—. Por lo tanto, tiene derecho a tener hijos.

—¡Seguro! —rió el pelirrojo—. ¡Pero... siete...! —de nuevo rieron todos, hasta que señaló a Wanda—. ¿Y ésta? ¿También es viuda?

—Sí.

—¿Y cuántos hijos tiene?

—Tuvo uno.

—¿La fea?

—Ésa es soltera.

—¡Ya será menos! ¡Vamos, lo que quiero decir es que...! ¿Eh? ¡Ya comprenden! ¿A que ella ya ha...? ¿Eh? ¡A qué sí!

El pelirrojo y sus amigos volvieron a reír. Pete O'Rourke también estaba pálido. Y Jaja. La situación estaba adquiriendo muy mal cariz. Muy malo.

Cuando dejaron de reír, el pelirrojo dijo:

—Supongo que habrá algo de comer en este lugar.

—Algo habrá —dijo O'Rourke, con voz velada.

—¿Y hombres armados? ¿Hay más hombres armados?

—No.

—Bien... Será mejor que no nos engañe, amigo. ¿Hay hotel, o lo que sea, por aquí?

—No, no hay nada. Sólo casas. Sólo lo que usted ve.

—¿Dónde podremos comer, entonces?... Y que sea pronto.

—Yo..., yo les pu-puedo hacer... comida —tartamudeó la viuda.

—Pues mueve tus grasas, cerda. ¡Ya!

Carmen comenzó a ponerse en pie, ayudada por Manolón, que apretaba tanto su brazo que le hacía daño. Pero la viuda no dijo nada.

—¿Sabes? —dijo el pelirrojo—. De pie no se ve tan grasienta. Eres una vaca, eso es todo.

Hubo más risas entre sus hombres. Manolón cerró los ojos y se mordió los labios. Notó el leve empujón en la espalda y, como muy lejana, oyó la voz de Pete:

—Será mejor que la ayudes, Manolón. Y tú también, Rosita...

—Soy yo quien dice lo que cada uno tiene que hacer —cortó secamente el pelirrojo—. Así que nadie se mueva hasta que yo lo diga. ¿Está claro?

No hubo respuesta. Asintió con la cabeza, complacido, y entró en la casa, detrás de Carmen y sus hijos. Manolón intentó dar un paso, pero O'Rourke le sujetó, por el cinturón. Nadie se movió... Un minuto después el pelirrojo salió

de la casa y miró a sus hombres, mostrando los tres rifles que había encontrado.

—Hay un corral bastante grande ahí detrás. Meted los caballos y dadles grano; llevadles también mucha agua. Tú, Glendale, sube a ese campanario y quédate allí hasta que te releven. Ya sabes.

—¿Y cuándo comeré algo? Llevamos cinco días que...

—Te llevaremos comida. Tranquilo.

—Está bien.

—Vosotros —señaló el pelirrojo a O'Rourke, Manolón y Jaja— seréis los que llevarán agua a los caballos. Buscad unos cubos y empezad ya.

—Los cubos están en el corral —dijo Pete.

—Pues id a buscarlos. Yo creo que no sois tontos del todo, así que ya sabéis lo que os conviene, ¿verdad?

—Sí... Lo sabemos.

Fueron a por los cubos de madera. Cuando salieron de nuevo al porche, tres de los forajidos estaban tirando de los caballos hacia el corral, por la doble puerta grande de al lado. El llamado Glendale se encaminaba hacia la iglesia. El pelirrojo se había sentado en una silla del porche y estaba liando un cigarrillo. Los demás se habían sentado en los escalones del porche y también se disponían a fumar... Valle Salazar, una vez más, había cerrado sus puertas y ventanas.

Los tres amigos miraron a Wanda y a Rosita, que continuaban sentadas, como petrificadas. Los forajidos parecían ignorarlas, pero Jaja, ya camino del pozo del centro de la plaza, susurró:

—Algo intentarán con ellas... Lo sé... ¡Y no vamos a permitir que...!

—Cálmate, Jaja —aconsejó O'Rourke—; nos las estamos viendo con la banda de Joe Kirkpatrick.

Los dos mexicanos no pudieron evitar un respingo y Manolón empezó:

—¡Ya sabía yo que esa cara...!

—Callaros.

Llegaron al pozo, y Manolón dejó colgar el gran cubo. Jaja miró de reojo a O'Rourke.

—¿Estás seguro? ¿Seguro que son los de Kirkpatrick, Pete?

—Sí. ¿No le has reconocido? Kirkpatrick es el pelirrojo... ¡No le mires ahora!

—Es él —dijo Manolón—. Se parece bastante a los pasquines, de verdad... Y son de la clase de gente que cuando se vayan de Valle Salazar no

dejarán nada entero... ¡Nada!... ¡Maldita idea que tuvimos de tocar esa maldita campana!

—¿Cómo íbamos a saber lo que iba a pasar? —refunfuñó Jaja.

—No discutáis —aconsejó O'Rourke—: pensad en los veinte mil dólares y pico.

—¿Qué dices? ¿En qué veinte mil dólares?

—Los que robaron Kirkpatrick y su gente en Santone.

Jaja y Manolón quedaron sin aliento, y al segundo casi se le escapó la cuerda que sujetaba el cubo hacia el fondo del pozo.

—Virgen de Guadalupe —jadeó Pérez López—. ¡Es verdad! ¡Robaron más de veinte mil dólares en Santone! Pero ya no deben tenerlos.

—Los tienen... —aseguró O'Rourke—. Los lleva Kirkpatrick en sus alforjas. ¿No lo entendéis? Hace cinco días que están huyendo, acorralados, hacia el sur. Dieron un golpe demasiado importante esta vez... Seguro que llevan detrás una jauría de rurales... Y no deben estar muy lejos.

—¡Perra suerte la nuestra! ¡Tocamos una campana, y se nos echan encima esos tipos llevando detrás a los rurales! ¡Maldita sea mi estampa!

—Es la impaciencia del amor —deslizó socarronamente Manolón—. Hoy es jueves, ¿no? El padre Anselmo hubiese venido el domingo, de todas maneras, pero tú no quisiste esperar, querías casarte mañana mismo:

—¡Fuiste tú quién metió la prisa! —protestó Jaja—. ¡Yo sólo dije que la idea me parecía buena!

—Pues ha sido pésima —dijo O'Rourke—. Dejad de discutir, y pensemos algo. Nos están mirando insistentemente... Habrá que pensar algo...

—¿Pensar? ¿Qué; es lo que podemos pensar?

—Pues el modo de salir de ésta, ¿no? —gruñó Manolón—. Pareces de verdad idiota. Jaja.

—¿Y cómo vamos a salir de ésta, gordo listo?

—Pensando —insistió O'Rourke—. Y pensando bien. Son nueve hombres más peligrosos que nosotros, y tienen veinte mil dólares... ¿Qué os parece? Si fuésemos listos les liquidaríamos a todos, con lo cual haríamos un bien al mundo entero, y nos largaríamos a México con los veinte mil dólares. Sólo hay que pensar.

—Y tener armas —replicó Jaja, zumbón.

—Son nueve, Pete... —susurró Manolón—. Nueve tíos peligrosos armados hasta los dientes. No podremos hacer nada... ¿A ti se te ocurre algo?

—Por ahora, sólo una cosa: no provocarles en lo más mínimo. Si lo hacemos, nos matarán. Si somos dóciles, podremos seguir viviendo y

pensando. Algo se nos ocurrirá...

CAPÍTULO V

Para después de la cena, ya anochecido, lo único que sabían los tres amigos eran los nombres de todos los componentes de la banda: el jefe, Joe Kirkpatrick; el que estaba vigilando en el campanario, Glendale; los otros siete eran Smith, Ballard, Doverman, Boes, Pellman, Vanish y Martin.

Naturalmente, sólo los nueve forajidos habían cenado. Los demás, incluidos los niños, se habían tenido que conformar con mirar, siempre en silencio. A Pete casi le dolía la cabeza de tanto pensar, pero, desdichadamente aún no; había encontrado solución a su problema. Un problema; grave, muy grave, porque, sin excepción, los forajidos habían estado dirigiendo frecuentes miradas a Rosita, Carmen y Wanda. Unas miradas que no precisaban de grandes explicaciones, ciertamente...

—Cocinas muy bien, vieja vaca —comentó festivamente Joe Kirkpatrick—. No me extraña que estés tan gorda. Y ahora, prepara café... Mucho café.

—No tengo café, señor —casi gimió la viuda.

—¿No tienes café?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Nadie en mi casa toma café, señor.

La lógica era aplastante, pero Kirkpatrick se disgustó. Soltó un gruñido y miró a uno de sus hombres.

—Boes, ve a buscar el café que nos queda.

—¿Traigo también las alforjas?

—¿Para qué? —se frunció el ceño de Kirkpatrick.

—Podríamos aprovechar esta tranquilidad para repartir, Joe.

—Ya hablamos de eso, y convinimos en qué repartiríamos en México, ¿no es así?

—Bueno... Estamos casi en México...

—Casi. Sólo casi. Mi idea fue aceptada por todos... Repartiremos al cruzar la frontera. Así, si en el camino cae alguno de nosotros, los demás nos

repartiremos su parte; al que caiga no le serviría de nada, ¿verdad? ¿Le serviría de algo llevar ya el dinero en su bolsillo?

—No, pero...

—Todo está dicho. Deja las alforjas donde están, trae sólo el café... Y los naipes. Tengo pensado cómo vamos a pasar la noche, y serán los naipes quienes decidan.

—Entiendo —sonrió Boes, mirando a las mujeres.

Los demás también sonrieron, porque a su vez habían entendido perfectamente. Todos allí habían entendido perfectamente, sobre todo las mujeres. Los únicos que no entendieron nada fueron los niños, que seguían agrupados en un rincón. Joaquín y Jaime, los dos pequeños, se habían quedado dormidos tirados en el suelo; los demás, con ojos dilatados, parecían hipnotizados en la contemplación de aquel grupo de fieras.

Boes fue al corral, y Kirkpatrick miró a otro de los hombres.

—Smith, ve a buscar a Glendale. Dile que baje a beber algo y a probar su suerte...

—¿Y si llega alguien?

—No. Si nos siguen de cerca estarán descansando ahora. No es lugar éste para cabalgar de noche. Podemos estar aquí tranquilos hasta el amanecer... Así tendremos tiempo para todo... —sonrió maliciosamente—. Hasta de descansar... Y a mediodía, estaremos al otro lado de la frontera.

Smith asintió con la cabeza y salió de la casa, rifle en mano, mirando cautelosamente a todas partes. Se acercó a la semiderruida iglesia y llamó, mirando hacia arriba:

—¡Glendale!

—¿Qué hay?

—¡Ven a la casa! ¡Vamos a hacer turno para esta noche, y a jugarlos las mujeres!

Se oyó la risita de Glendale, que se apresuró a bajar. Cuando ambos entraron en la casa, la viuda estaba ya preparando el café que Boes le había proporcionado. Alrededor de la mesa, estaban sentados los otros siete forajidos, y Kirkpatrick barajaba ya un mugriento mazo de naipes. Los miró y sonrió.

—Hemos pensado hacerlo a la carta más alta —dijo—. Cada carta más alta, va escogiendo posiciones para esta noche. ¿Estáis de acuerdo?

—Claro, Joe —asintió Glendale—. ¿No queda más tequila por aquí?

—Hay un armarito ahí que parece mágico —rió Ballard—. ¡Las botellas de tequila nunca se acaban!

Lo señaló, y Glendale fue hacia allá, lo abrió y tomó una botella. Manolón echó un vistazo al armarito, y casi soltó un gruñido de disgusto, porque solamente quedaban ya tres botellas...

Glendale escupió el corcho, bebió un largo trago y suspiró:

—Buena comida la que me llevó Pellman, demonios. Y hasta me empieza a gustar el tequila... Oye, Joe: ¿tú participas en el sorteo?

Joe Kirkpatrick le dirigió una maligna mirada.

—Por supuesto que no. Sois vosotros ocho los que vais a jugaros los turnos... de todo. Yo tengo ya mi propio plan para esta noche. ¿Alguna objeción?

—No —masculló Glendale.

Tampoco los demás objetaron nada. No tenían la menor intención de pelearse con el avieso Kirkpatrick por una tontería. Kirkpatrick seguía barajando el mazo de cartas y finalmente lo dejó en el centro de la mesa.

—Adelante, muchachos —sonrió—. A ver quién tiene más suerte.

Cada uno fue sacando su carta, en sucesivos cortes. Unos bufaban de disgusto, otros lanzaron exclamaciones de alegría. Y ya cada uno con su carta boca arriba en la mesa, ante él, se definieron las posiciones: Pellman iría al campanario, a vigilar, y Doverman y Smith se llevarían de la casa a los niños y a Pete, Jaja y Manolón; Boes, Vanish y Martin se quedarían en el corral, vigilando el dinero, y tendrían su segundo turno cuando los del primero, o sea, Joe Kirkpatrick, Ballard y Glendale hubieran terminado su diversión. Los del tercer turno en este sentido serían Pellman, Doverman y Smith, que serían relevados por los del primero. Así, todos contentos, tendrían aún tres horas por lo menos para descansar y, de madrugada, partirían hacia la frontera. Perfecto.

Pellman salió refunfuñando camino de la iglesia, tras tomar café. Boes, Vanish y Martin se fueron al corral, llevándose una botella de tequila. Kirkpatrick, Glendale y Ballard se quedaron mirando fijamente a las mujeres, mientras Doverman y Smith, de pésimo humor, se encaraban con los niños y los tres pálidos hombres.

—Venga, vosotros —farfulló Donovan—, afuera. Y será mejor que busquéis un sitio cómodo, pues vais a pasar allí la noche. ¿Conocéis alguno?

Pete O'Rourke asintió con la cabeza y se puso en pie, mirando de reojo a Wanda, cuya expresión de angustia era sobrecogedora. La fea y riente Rosita estaba sencillamente aterrada, sin duda porque había dejado libre su imaginación y comprendía perfectamente lo que iba a ocurrir... La viuda

Martínez estaba pálida y sombría: Manolón y Jaja parecían clavados a las sillas por las posaderas.

—¡Venga! —gritó de mal talante Smith—. ¿Qué estáis esperando vosotros?

El primero en moverse fue Manolón. Se inclinó, tomó en sus brazos a Joaquín y a Jaime, y se dirigió hacia la puerta, mirando con desespero a O'Rourke, pidiéndole la idea salvadora... Pero en los ojos de Pete O'Rourke sólo encontró como un reflejo de su propio desespero.

Kirkpatrick había soltado una risita repugnante:

—Tomadlo con calma, Smith... Nosotros no pensamos apurar la velada...

Glendale y Ballard también rieron, agudamente, nerviosamente. Y Manolón se estremeció, camino de la puerta, a punto de detenerse. O'Rourke le empujó, sin que se dieran cuenta. Salieron al porche, a la oscuridad de la noche recién llegada. Había miles de estrellas en el cielo, y un delgado gajo de luna creciente por toda iluminación.

En Valle Salazar no había iluminación de kerosene, y los pocos quinqués de petróleo que se encendían algunas noches permanecían ahora apagados. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, no se veía un solo resquicio de luz por parte alguna.

—¡Asco de lugar! —barbotó Smith.

—Éstos nos llevarán a un sitio aceptable... Oye, será mejor que entres a buscar una botella, o nos vamos a morir de verdadero asco.

—Buena idea.

Smith entró en la casa de nuevo. Cuando salió, reía por lo bajo.

—¿Qué? —sonrió Doverman—. ¿Ya han empezado?

—No. Las están mirando, nada más.

—¡Pues vaya una manera de perder el tiempo! ¡Y nosotros tenemos el tercer turno!

Refunfuñando, empujaron con el rifle a O'Rourke y a Jaja. Pete, que estaba mirando hacia el campanario, observando la silueta de Pellman rifle en mano, obedeció dócilmente, pero Jaja tuvo un conato de furia, que se disolvió enseguida cuando la punta del riñe de Loverman se colocó en su estómago.

—¿Qué, tienes prisa en morir, greaser?

O'Rourke se había vuelto y tomó del brazo a Jaja, tirando de él. Manolón caminaba hacia la casa de Wanda, cargado con los dos niños dormidos, y fueron tras él. Cuando llegaron al porche, Doverman soltó un gruñido.

—Quietos todos aquí.

Empujó la puerta, entró, y poco después se veía dentro el resplandor de un quinqué.

—¡Smith! —gritó—. ¡Hazlos entrar!

—Adentro —dijo Smith—. Y sin tonterías, porque si empiezo a apretar el gatillo, me quedo solo.

Doverman estaba en la pequeña salita donde Wanda debía pasar normalmente sus horas muertas, leyendo.

Había muchos libros sobre un viejo mueble, y Pete les dirigió una absorta mirada. ¡Libros! ¡Filosofías!... ¿Servían de algo en aquel momento los muchos libros que Wanda había leído? ¿Servían de algo sus filosofías sobre la vida, la gente y las cosas? Por un revólver él daría lo que fuese, en aquellos momentos...

—Sentaos todos allá, en el suelo, en aquel rincón. Y si queréis un buen consejo, dormid mucho y molestad poco... La cosa no está para bromas, os lo advierto... ¿Qué es eso?

—¿El qué? —se alertó Smith.

—No sé. Me ha parecido oír afuera un...

Uluuhúuu... uluuhúuu... uluuhúuu..., volvió a oírse en el exterior.

—Es un mochuelo —musitó Jaja.

—¡Lo que faltaba! ¡Maldita sea mi suerte!

Uluuhúuu... uluuhúuu... uluuhúuu..., volvió a oírse.

—¿Puedo abrir la ventana? —pidió Jaja—. Hace mucho calor.

—¡Más calor tendrás adónde voy a...!

—Déjalo —masculló Doverman—. Tiene razón, aquí dentro hace un maldito calor... Abre la ventana, greaser. Y si quieres darnos un ratito de diversión, intenta salir por ella.

—Sólo quiero que los niños puedan dormir bien... —dijo mansamente Jaja—. Con este calor no podrían ni...

—¡Menos charla! ¡Abre esa ventana y ve a sentarte con los otros!

Sí, señor. Jaja fue a la ventana, que era de guillotina, y tiró hacia arriba. Se le atascó un instante, pero metió más las manos, agarró bien el borde, y entonces sí subió el marco con los cristales...

Smith dejó de observarle, para dirigir una indiferente mirada a Manolón y a O'Rourke. Frunció el ceño al observar que algo había cambiado en la expresión de éstos. Poca cosa... Ni siquiera sabía qué podía ser, pero algo había cambiado en la expresión de los dos hombres.

—¿De qué os reís vosotros? —graznó.

—No nos reímos —sonrió Manolón, socarronamente.

—¡Pero estás sonriendo como un maldito idiota! ¿Algo te hace gracia?

—Me hace gracia tu cara color de mierda —dijo Manuel Chávez, siempre sonriente.

Un golpe de sangre que afluyó a su rostro, cambió en Smith el feo color descrito por Manolón. Congestionado, el forajido se acercó, alzó el rifle y descargó un culatazo impresionante eh plena cabeza del mexicano, derribándole hacia atrás.

Pero Manolón volvió a reír, y le sacó su enorme lengua a Smith, mientras O'Rourke, también riendo, exclamaba:

—¡Es verdad! ¡Tu cara es de color mierda!...

Smith: parecía dispuesto a destrozar a golpes a Manolón, y Doverman se acercó a O'Rourke dispuesto también a divertirse... Por un instante, sólo por un brevísimo instante, ambos olvidaron al diminuto y feísimo Jaja.

Y fue suficiente.

El refulgente cuchillo apareció en la diestra del pequeño mexicano, cortó el aire y se hundió fuertemente entre los omóplatos de Doverman, hasta la cruz. El forajido apenas pudo emitir un ahogado gemido y cayó de bruces, muerto, hacia O'Rourke, que apresuró a tender las manos hacia el rifle...

Mientras tanto, siempre en una medida de tiempo brevísima, Smith se dio cuenta de que algo estaba sucediendo a su izquierda, y se volvió, comenzando a colocar el rifle cañón por delante...

Demasiado tarde.

El cuchillo que Jaja empuñaba, lleno de sangre, cortó el aire y se hundió con sordo choque, de nuevo hasta la cruz, en la garganta de Smith, cortando de cuajo todo sonido que pudiera haber brotado de la boca del forajido, el cual, por la fuerza del impacto, salió despedido hacia atrás, soltando el rifle..., que fue a parar a las diligentes manos de Manuel Chávez, quien, como O'Rourke, ya estaba en pie.

—¡Chisttt! —ordenó Manolón a los niños, llevándose un dedo al bigotazo.

Pero la recomendación no era necesaria. Los cinco niños despiertos estaban tan asustados que era imposible pudieran si siquiera gritar. Desorbitados los ojos, contemplaron a Jaja recoger el cuchillo de la garganta de Smith, y acercarse luego a Doverman, asegurándose en ambos casos de que estaban muertos. Asintió con la cabeza, y entonces Manolón se llevó una mano a la boca, y ululó:

—¡Uluuhúuu... uluuhúuu... uluuhúuu!...

Jaja estaba limpiando la sangre del cuchillo en las ropas de Doverman, y O'Rourke se había acercado a la ventana, mirando hacia el exterior y arriba por un lado.

—Sigue allí, y no parece haberse enterado de nada —susurró.

—¿Está abierta la puerta? —preguntó Jaja.

—Sí, quedó abierta.

—Entonces, vendrá enseguida. —Jaja se metió el cuchillo entre el cinturón y la camisa, y se acercó a Manolón.

—¿Cómo está tu cabeza, gordo?

—Bien —sonrió Manolón, sorbiendo por un lado de la boca el chorro de sangre que le resbalaba desde la frente—. No es nada. Lo importante es que les distrajimos, Jaja.

—Lo hicisteis muy bien —sonrió el feísimo—. ¡Y estuvo colosal eso de la cara color de mierda! Límpiate con algo, hombre.

—Claro.

Manolón se pasó una manga por la cara y la cabeza, con el resultado de que todo el rostro quedó enrojecido por la sangre restregada. Jaja encogió los hombros y se inclinó a quitarles el cinto con el revólver a Doverman y a Smith.

—Pete —dijo, lanzándole el de, Doverman; y luego a Manolón—: Manuel...

Los dos lo asieron al vuelo, dejaron el rifle sobre el floreado sofá y se ciñeron los cintos. Aún no habían terminado cuando afuera se oyeron unos ligeros silbiditos.

—Tranquilo —dijo O'Rourke.

Phileas Corbett apareció, silencioso como un gato. Al ver el ensangrentado rostro de Manolón respingó, pero el mexicano movió despectivamente una mano.

—No es nada, Phil. Sólo sangre.

Corbett asintió con la cabeza. Miró a Doverman y a Smith, y por último a Jaja.

—Te fue bien el cuchillo, ¿eh? —sonrió.

—Casi me corto al recogerlo del alféizar —sonrió también Jaja—. Pero te arriesgaste mucho al dejarme ese cuchillo en la ventana, Phil: hay uno de esos tipos en el campanario.

—Ya lo he visto. Pero sabía que él no podría verme a mí. Ni me ha visto entrar. ¿Qué está pasando exactamente?

—Ante todo, bien venido al nido, mochuelo —dijo Manolón.

Sonrieron los cuatro, y eso fue todo. Entre ellos sobraban las explicaciones. Phileas había vuelto junto a sus amigos. ¿Por qué? Sin duda alguna, para seguir con ellos hasta el fin, con rurales o sin rurales, con mujeres o sin mujeres... Pero si hubiesen hecho la pregunta respecto a por qué había vuelto, habría contestado «porque me ha dado la gana». Mejor no preguntarle.

O'Rourke le puso al corriente de lo que sucedía en menos de medio minuto, y Corbett palideció.

—Bueno, ahora que tenemos armas vamos a... —empezó Jaja.

—No —cortó O'Rourke—. Nada de atacar directamente. Jaja. Ellos tienen a las mujeres.

—¡Ya sé que las tienen! ¡Las están mirando como cerdos que son, y de un momento a otro las van a...! ¡No perdamos tiempo! ¡Vamos a acribillarlos!

—Las matarían. Jaja. Mi idea es mucho mejor, ya lo...

Un agudo grito femenino llegó nítidamente hasta la casa de Wanda, y resonó en todo el pueblo. A continuación, otro grito, y otro...

—Si no me gusta tu idea antes de un segundo, Pete —tembló la voz de Manolón—, esto va a terminar mal ahora mismo.

—No hay tiempo para explicaciones —se tensó también la voz de O'Rourke—. Phil, toma un rifle y colócate en un sitio desde el que puedas dispararle al hombre del campanario... ¡Pero no dispaes antes de un minuto! ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó O'Rourke.

Jaja y Manolón no pudieron creer aquello.

—¿Que nosotros nos...?

—¡Sí! —estalló Pete—. ¡Que os quedéis aquí y que cuidéis a estos niños! ¡Si no sale bien como yo lo he pensado, será inútil todo lo demás que hagamos! ¡Vamos, Phil! Saldremos por atrás...

CAPÍTULO VI

Wanda volvió a gritar, horrorizada, intentando con todas sus fuerzas apartar al gigante pelirrojo, pero era lo mismo que si hubiera pretendido desplazar una montaña con una mano. De nuevo los labios de Kirkpatrik cayeron sobre su cuello al esquivar ella el beso del forajido en la boca. Y nuevamente la furia de éste se patentizó en un zarpazo, que causó más destrozos en el vestido de la muchacha, cuando ésta intentaba abandonar el solitario lecho del cuarto más grande de la casa de la viuda Martínez.

Consiguió su objetivo a costa de dejar otro gran jirón de sus ropas en manos de Kirkpatrik, que lanzó un rugido de furia, tendido de bruces, solitario, sobre la cama; pero saltó de ésta en pos de Wanda. Cayó encima de ella y jadeó:

—¡Aunque sea en el suelo...!

¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!...

Resonaron fortísimos los tres disparos de rifle... Y todavía escuchándose sus ecos, otro sonido se oyó de inmediato, o mejor, simultáneamente:

Tan-tan, talantán, tan-tan...

Todo ello mezclado a la vez con un largo, rugiente grito de agonía que se quebró bruscamente.

Joe Kirkpatrik se puso en pie de un salto, y alcanzó el doble cinto con sus revólveres, aullando:

—¡Ballard, Glendale!... ¿Qué pasa?

Oyó pisadas precipitadas en el pasillo que unía las habitaciones de la casa de la viuda. Glendale y Ballard aparecieron en el cuarto, revólver en mano, desgreñados, sofocados.

—¡Joe! ¿Qué pasa? —gritó Glendale.

—¡Es lo que estoy preguntando! —vociferó Kirkpatrik.

—Quizá Doverman o Smith han disparado contra... —empezó Ballard.

—¡No! ¡Ha sonado la campana, así que han tenido que disparar contra Pellman, que estaba junto a ella! ¡Cuidado!...

En el pasillo se oían más pasos, precipitados... Pero no debían temer nada, porque enseguida oyeron la voz de Vanish, uno de los que habían quedado en el corral, vigilando el dinero y esperando el segundo turno:

—¡Joe! ¿Has oído eso?

Kirkpatrik dirigió una furiosa mirada a Wanda, que había tirado de una de las viejas mantas de la cama y se había envuelto en ella, acurrucándose en el rincón del dormitorio, contemplándoles con ojos desorbitados, temblando... Se oía el entrecostar de sus dientes y su rostro estaba, lívido como el de un cadáver.

—Volveré a por ti enseguida —jadeó—. ¡Yo te enseñaré...!

Salió del cuarto, empujando a sus hombres. En el pasillo, los tres empuñando los rifles, dispuestos a todo, se encontró con Vanish, Boes y Martin.

—¿Qué ha pasado? —insistió el primero.

—¡No lo sé! Vamos a echar un vistazo por las ventanas... ¡Pero con mucho cuidado!

Fue el primero en llegar a una de ellas. Y el primero en ver, como, una mancha más oscura, sobre el polvo, el retorcido cuerpo de Pellman, inconfundible a la luz de las estrellas y la luna.

—Ése es Pellman —susurró Glendale.

—¿Qué hacen Doverman y Smith? —se inquietó Vanis—. ¿Por qué no salen o nos gritan algo?

—Los que han disparado contra Pellman sólo pueden haber sido aquellos tres tipos —murmuró Kirkpatrik—. Eso quiere decir que han matado también a Smith y a Doverman.

—Pero estaban desarmados...

—¡Debimos matarles enseguida! —barbotó Ballard—. ¡No me gustaron en ningún momento! Especialmente, el tejano... ¡Era demasiado manso! Lo aceptaba todo, incluso cuando supo lo que iba a ocurrirle a su novia o lo que sea...

—Les vamos a dar una buena lección —jadeó Kirkpatrik—. ¡Traed aquí a las mujeres! ¡Vamos!

Tres de los forajidos fueron a buscarlas, y las llevaron al comedor, que era también vestíbulo de la casa, empujándolas. Las tres se habían envuelto en mantas, las tres estaban igualmente al borde del desmayo producido por el espanto de lo que había estado a punto de ocurrir. A las tres, aquellos tres disparos de rifle y los tañidos de la campana las habían salvado de unos momentos estremecedores.

—¡Poneos aquí! —ordenó Kirkpatrik—. ¡Delante de la ventana, las tres juntas! ¡Y nada de mantas! ¡Quiero que os vean bien!

Les arrancó brutalmente las mantas y las empujó hasta dejarlas, temblorosamente siempre, delante de la Ventana, procurando por todos los medios ocultar lo que sus destrozadas ropas no ocultaban ya.

Kirkpatrik se colocó a un lado de la otra ventana.

—¡Hey, tejano! —gritó—. ¡Echa un vistazo a las ventanas! ¡Y dime qué ves!

Hizo una seña, y Martin, a cubierto de posibles disparos, encendió uno de los quinqués, de modo que las siluetas de las tres mujeres, en su lastimoso estado de indumentaria, quedaron recortadas hacia el exterior.

—¡Tejano! —gritó de nuevo Kirkpatrik—. ¡Escucha esto! ¡O salís los tres ahora mismo al centro de la plaza, o vamos a jugar con ellas y luego os enviaremos sus cabezas hasta el pozo! ¡Tienes un minuto para contestarme!

Cuando terminó de gritar, el silencio volvió a reinar en Valle Salazar. Kirkpatrik hizo una seña a sus hombres y éstos se colocaron a los lados y detrás de las mujeres; apuntando sus armas hacia el centro de la placita que tenía un pozo adornado...

Durante unos segundos, pareció que el silencio se convertiría en eterno en Valle Salazar. Pero de pronto llegó hasta los forajidos la voz del tejano Pete O'Rourke:

—¡Kirkpatrik!

—¿Qué hay? —gritó éste.

—¡Vamos a hacerte un trato interesante! ¡Te compramos las mujeres por veinte mil dólares!

Por un instante, Kirkpatrik y sus hombres quedaron estupefactos. Luego, Kirkpatrik soltó una maldición y una risotada.

—¡Estás loco, tejano! ¡En tu vida has visto tanto dinero junto!

—¡Te equivocas! ¡Lo estoy viendo desde que os lo he quitado a vosotros!

Los seis forajidos que quedaban respingaron a la vez y se miraron unos a otros. Kirkpatrik fue el primero en reaccionar, echando a correr hacia el corral. Llegó allí como loco, se abalanzó hacia donde habían dejado las alforjas con el dinero robado en Santone... y en su lugar vio una horquilla para paja, clavada en el suelo.

Su rostro quedó blanco primero, y luego se distorsionó en una horrible mueca de furia. Miró hacia la doble puerta lateral del corral, pero estaba cerrada. Alzó la cabeza, y contempló la tapia...

La jugada de Pete O'Rourke, de pronto, fue comprendida por él: mientras todos acudían a la parte delantera de la casa para ver qué había ocurrido, él había saltado la tapia, había tomado las alforjas y había dejado en su lugar aquella horquilla...

Cuando reapareció ante sus hombres, éstos no tuvieron, necesidad de preguntarle nada; bastaba ver el rostro de Joe, Kirkpatrick para comprender que el tejano manso no estaba mintiendo.

—Lo tienen —jadeó Glendale—. ¡Nos han quitado el dinero del Banco de Santone! ¡Y del modo más estúpido que...! —se ahogó en su ira.

Kirkpatrick se pasó una mano por la áspera barba roja. Sus ojos verdosos, perversos, iban de las mujeres a la ventana, de la ventana a las mujeres...

—¡Hagamos el cambio! —gritó Martin—. ¿Qué nos importan estas tres malditas? ¡Que se queden con ellas y larguémonos ahora mismo con el dinero! Estamos a tiempo, y puesto que sólo somos seis, tocaremos a más.

—Eso es —asintió Kirkpatrick—. Nosotros somos seis. Y ellos sólo son tres. Tres asquerosos desgraciados que no van a burlarse de Joe Kirkpatrick.

—¿Qué estás pensando?

—Vamos a aceptar su trato, y luego los mataremos. ¡Los mataremos a todos, a todos los que se pongan ante nuestra vista, sean hombres, mujeres o niños!... ¡A todos! Pero esperad... Aún lo vamos a hacer mejor yo voy a seguir, hablando con ese tejano, y mientras tanto, vosotros cinco saldréis por atrás, les localizaréis y los acribilláis. Y siempre tendremos las de ganar, porque las mujeres van a quedarse aquí conmigo. Siempre les puedo amenazar con matarlas si algo va mal... ¿Qué os parece?

Vanish, Glendale, Martin, Boes y Ballard cambiaron una mirada vacilante. Por fin, Boes encogió los hombros.

—La idea parece buena, Joe. No tiene que ser difícil llegar hasta ellos, cribarlos a balazos y recuperar el dinero...

—¡Kirkpatrick!... —se oyó de nuevo la voz de Pete O'Rourke.

—¿Qué quieres ahora? —replicó el forajido.

—¿Té has convencido ya de que tenemos el dinero?

—¡Sí!

—¿Y qué contestas?

—¡Lo estoy pensando! Dame un par de minutos para hablar con mis hombres. —Mientras hablaba, Kirkpatrick señalaba hacia el corral y los cinco forajidos comenzaron a caminar hacia allí—. ¡No podemos fiarnos de vosotros tan fácilmente!

—¡De acuerdo! Pero te diré una cosa... El dinero está en el suelo, esparcido, y cerca tenemos un quinqué... ¡Si algo ocurre, lo quemaremos todo! Podréis matarnos, pero jamás recuperaríais ese dinero... ¡Piénsalo bien! Cualquier cosa que no nos guste, y prenderemos fuego a veinte mil dólares. Cuando llegaseis, sólo encontraríais cenizas. ¿Está claro, Kirkpatrik?

Los cinco forajidos se habían detenido, como clavados de pronto sus pies al suelo. Kirkpatrik lanzó una de sus horrendas maldiciones, y su rostro mostró tal furor satánico que las tres mujeres reaccionaron por fin y comenzaron a retirarse hacia un rincón recogiendo las mantas, con las que volvieron a cubrirse... Pero ya no merecían la menor atención por parte de Kirkpatrik y sus amigos.

—¿Está claro, Kirkpatrik? —insistió Pete O'Rourke.

—¡Sí!

—¡De acuerdo! ¡Entonces, en lugar de estar gritando los dos, voy a hablar contigo cara a cara!

CAPÍTULO VII

—¡Te espero! —llegó la voz de Joe Kirkpatrick.

Manolón, Corbett y Jaja habían respingado, y miraban incrédulamente a O'Rourke.

—¿Estás loco? —aulló Corbett—. ¡No habrás dicho en serio eso de ir allí!

—Completamente en serio —musitó O'Rourke—. No me harán nada. Si sólo tuviésemos como rehenes a algunos de ellos, no me atrevería a ir; es más, ellos ni me habrían hecho caso... Pero tenemos los veinte mil y pico de dólares que robaron en Santone, y eso es tener todas las de ganar —señaló el montón de billetes esparcidos por el suelo, junto a un quinqué—. Mientras tengamos el dinero, no se atreverán a intentar nada contra nosotros...

—Pero no tienes ninguna necesidad de ir allí —insistió Phil Corbett.

—Sí tengo necesidad, Phileas. Quiero ver a Wanda, y a Carmen y a Rosita. Quiero estar seguro de que ellas están vivas y bien...

—¿Y si no lo están? —susurró Manolón.

Pete O'Rourke inclinó la cabeza, y su voz brotó ronca, espesa:

—Si no lo están, yo no sé qué haréis vosotros, pero yo empezaré a disparar...

—¡Eso es un, suicidio! —respingó Corbett.

Pete O'Rourke asintió con la cabeza, y se quedó mirando, con extraña sonrisa, el montón de billetes.

¡Más de veinte mil dólares! Con aquel dinero, cuatro hombres podían incluso establecerse en México con gran comodidad, y con un poco de suerte, ser mucho más ricos en poco tiempo.

Manolón podría tener un ranchito y llevarse allí a Carmen con sus siete hijos, y tener una docena más, si eso le complacía. Jaja podría hacer lo mismo, y comprar algunas vacas y caballos, y trabajar, mientras se pasaría la vida riendo con la fea pero simpática Rosita... ¡Eran tan feos los dos! Phileas podía quedarse con ellos, o marcharse con su parte, a su gusto.

En cuanto a él mismo, sólo tenía que comprar una casita cerca del rancho de Manolón o de Jaja, trabajar un poco con ellos para justificar un sueldo de

vaquero, y el resto del tiempo dedicarlo a Wanda, a leer mucho en su compañía, a pensar muchas, muchas cosas... Con veinte mil dólares todo aquello lo tenían a su alcance.

—Phil —musitó de pronto—, el suicidio es vivir como vivimos nosotros. ¿Qué buscamos, qué queremos, qué esmeramos? Por primera vez, en el pueblo más pequeño que hemos visto, hemos encontrado cosas que nos gustan, vida que nos gusta... Es asombroso, pero así ha sido. Es como... como si Valle Salazar hubiese sido hecho exclusivamente para nosotros...

—Para vosotros tres —murmuró Corbett.

—Sí... Tienes razón. Pero tú también encontrarías aquí algo por lo que valiese la pena vivir, estoy seguro. Por mi parte, sólo quiero quedarme aquí, vivir como estas horas de hoy, antes de que llegasen esos hombres... Y lo mismo Manuel y Jaja. Sólo quiero eso... y matar a esos hombres, o que se vayan. Sólo eso.

—¿Y el dinero? —señaló Corbett.

—No lo quiero. Yo no lo quiero, Phil, ¿no lo entiendes? No quiero nada más que lo que Valle Salazar pueda darme. Sólo eso. Si tú quieres el dinero, llévatelo. Por mí puedes hacerlo. Y puedes llevártelo ahora mismo. Ellos piensan que somos tres solamente, así que si te vas, no sospecharán nada. Nos dejaremos ver los tres y creerán que el dinero sigue aquí...

—Para dejaros ahora, no hubiese vuelto —gruñó Phileas.

—Entonces, todo está dicho.

—¿Insistes en ir a hablar con Kirkpatrik?

—Sí. Los niños se han marchado de aquí, ya están a salvo, en cualquier caso o el monje, hasta que amanezca o esos hombres mueran o se marchen... sin haber hecho daño a nadie. Pero si ya lo han hecho, moriremos algunos hombres esta noche. Yo no seré el primero, sino Kirkpatrik. Por lo menos, él. Luego —sonrió— seríais tres contra cinco, y eso ya no es desventaja para nosotros, ¿no?

—Déjame ir a mí —pidió Manolón—. Yo puedo...

—Lo que puedas hacer tú, lo sé hacer yo. Y mejor, porque soy más listo —O'Rourke palmeó un hombro del mexicano—. Creo haberlo demostrado con lo del dinero, ¿verdad? Si te hubiésemos hecho caso a ti, todo habría terminado ya, todos estaríamos muertos... Y siempre hay tiempo para morir, Manuel, siempre. En cambio, para vivir... todo el tiempo es poco.

—¿Eso es una filosofía? —sonrió Manuel Chávez.

—Supongo que sí. Aunque no demasiado buena. Bien, adiós... Si regreso, es que todo va bien para ellas tres. Si oís disparos... es que todo habrá

terminado.

* * *

—Ahí viene —avisó Vanish, colocado a un lado de la ventana—. Y lleva revólver.

—No importa —dijo Kirkpatrik.

—Esos tejanos suelen ser de cuidado —recordó Glendale—. Y precisamente éste, que además ha sido tan listo que nos ha engañado con su carita de maldito hipócrita, ahora que lo pienso tiene cara de malas pulgas.

—No hará nada —aseguró Kirkpatrik—. No hará nada mientras comprenda que podemos matar a las tres mujeres. Y eso sucedería si él llegase dispuesto a pelear. Además... haría falta estar loco para venir aquí, solo, y disparar contra seis tipos como nosotros. Si tan listo es, no se llamará a engaño. No... Viene a hablar. Solamente a hablar.

—¡Kirkpatrik! —se oyó afuera—. ¿Puedo entrar?

—¡Pasa, tejano! —autorizó el forajido. Se oyeron las pisadas en el porche, lentas, tranquilas. Sí, eran las pisadas tranquilas de un hombre tranquilo. Al menos exteriormente.

—Buenos nervios —sonrió Kirkpatrik.

Cuando Pete O'Rourke apareció en el umbral, había tres rifles y tres revólveres apuntándole. A un lado, el quinqué encendido para enviar afuera las siluetas de las mujeres. La luz daba de lleno en el rostro del tejano. Un rostro impenetrable, sosegado... Ni siquiera pestañeó al ver tantas armas apuntadas hacia él. Su mirada, fija, como helada, recorrió la estancia, hasta detenerse en las mujeres. Sólo entonces hubo una breve crispación en sus facciones. Muy breve.

Se acercó a ellas y se acuclilló ante las tres. Sus claros ojos fueron de una a otra, para detenerse al par en los azules de Wanda.

—¿Estáis bien? —musitó.

Wanda movió afirmativamente la cabeza.

—¿No ha pasado... nada? —insistió O'Rourke.

Wanda movió ahora la cabeza en sentido negativo. O'Rourke aceptó su versión, pero adelantó una mano, apartó la manta que cubría a la muchacha y durante unos segundos, mientras ella permanecía como petrificada, estuvo mirando, demudado el rostro.

—¿Nada? —insistió de nuevo.

Wanda volvió a mover negativamente la cabeza. Pete O'Rourke la movió en sentido afirmativo, aceptando. Se puso en pie, volviéndose hacia la media docena de hombres que le contemplaban expectantes, relucientes los ojos.

—¿Vamos a arreglar esto, Kirkpatrick? —preguntó.

—En bien de todos, será lo mejor.

—Así lo creo. Me iré ahora con ellas, y...

—Sin bromas, tejano. ¿Por qué nos tomas? Malo ha sido que hayáis matado a tres de los nuestros; malo que hayáis sido tan listos de quitarnos el dinero en nuestras propias narices; malo que tengamos que hacer un trato, nosotros que siempre hacemos lo que nos place... Pero ya no más. Estas mujeres no van a salir de aquí, al menos vivas, mientras nosotros no tengamos el dinero.

—Pues nosotros no tenemos intención de entregaros el dinero hasta que ellas hayan salido de aquí... vivas.

—Bueno, la situación es un poco difícil, ¿verdad?

—Puede arreglarse.

—Eres muy listo, ¿eh? Apuesto a que ya lo tienes todo muy bien pensado.

—Así es —sonrió O'Rourke—. Podemos hacer las cosas a gusto de todos. Luego, una vez tengáis vosotros el dinero y nosotros a las mujeres, podéis elegir entre seguir la pelea o marcharos de aquí camino de México.

—Eso se decidirá en el momento oportuno. ¿Cuál es tu idea?

—Uno de tus hombres vendrá conmigo ahora. Verá el dinero, lo volverá a meter en las alforjas, saldrá de la casa de Wanda y os dirá si está conforme. Nosotros tres estaremos detrás de él, apuntándole. Esperaremos en el porche a ver salir a las tres mujeres, y ellas irán hacia la otra casa. Cuando estén a mitad de camino, esto es, pasando por delante del pozo, vuestro compañero empezará a caminar hacia aquí con el dinero. Las mujeres se reunirán con nosotros, vuestro amigo con vosotros, y el cambio estará hecho.

—¿Así de fácil?

—Puede suceder —sonrió fríamente O'Rourke— que vosotros o nosotros nos las demos de listos. Si somos nosotros los que nos pasamos de listos, querremos matar a vuestro amigo, en cuyo caso es seguro que vosotros mataríais a las tres mujeres antes de que se hubiesen alejado un solo paso más del pozo. Si los listos sois vosotros, nosotros mataremos a vuestro amigo inmediatamente, y aunque las mujeres también sean asesinadas, el dinero quedaría a mitad de camino. Me gustaría saber, entonces, cuál de vosotros sería capaz de ir a por él cerca del pozo. Ya sólo seríais cinco.

Una a una, las palabras de Pete O'Rourke fueron cayendo en la estancia como si fuesen trozos de hielo. No había error, no había posibilidad de confusiones. El tejano se estaba explicando de maravilla. Si jugaban sucios unos u otros, morirían las tres mujeres y el enviado de Kirkpatrik. Si se jugaba limpio, unos tendrían el dinero, otros las mujeres... y ya se vería qué pasaba más adelante.

—De acuerdo —aceptó Kirkpatrik, tras breve meditación—. El trato me parece conveniente, tejano. ¿Cuándo lo hacemos?

—¿Cinco minutos? —susurró O'Rourke.

—Bien. Meted el dinero en las alforjas, y Martin irá a buscarlo; las tres mujeres saldrán tras él: podréis verlas perfectamente.

—Vale.

O'Rourke dirigió una última mirada a las mujeres, y salió de la casa de la viuda Martínez. Todavía estaba en el porche cuando Martin, lívido, se encaró con su jefe.

—¡Escucha, Joe, si piensas que yo...!

—Cállate.

—¡Esa parte es muy arriesgada! ¿Por qué yo? ¡Si esos tres malditos tienen alguna idea en la mollera, seré el primero en caer! ¡Y la idea no me gusta nada!

—Quizá mi idea te guste más —sonrió Kirkpatrik—. Ellos mismos se han metido en la trampa.

Los cinco forajidos se quedaron mirando estupefactos a su jefe.

—¿Cómo? —gruñó Vanish—. ¿De qué hablas? ¡Ese tejano...!

—¡Ese tejano no es tan listo como él piensa! Escuchad bien: ellos esperan ver llegar a las tres mujeres, ¿no es así?

—Claro...

—Y ese tejano ha estado aquí. ¿No?

—Pues sí...

—Bien. Las ha visto. Las ha visto ahí, acurrucadas, muertas de miedo, envueltas en mantas, temblando... Ahora, echad un vistazo por la ventana: no hay ni una sola luz ahí fuera. Ni una sola. Nada. Sólo se ven sombras...

—Yo le veo bien la cara a Pellman —dijo Boes, tras echar un vistazo por la ventana.

—¿Se la verías igual si Pellman estuviese envuelto en una manta?

—Claro que no, pero... ¡qué demonios! ¡Oye! ¿Estás pensando que...?

—Exactamente eso es lo que estoy pensando —sonrió malignamente Kirkpatrik—. Nos vamos a divertir. Y además, tendremos el dinero y las

mujeres. Y cuando nos vayamos de este maldito pueblo llamado Valle Salazar, lo habremos convertido en una hoguera. ¡Se van a acordar de nosotros mientras vivan... los que queden vivos!

* * *

—¿Están vivas? —preguntó Manolón.

—¿Están... bien? —preguntó Jaja.

—Están vivas y bien —suspiró O'Rourke—. No ha pasado nada. La llegada de Phil fue muy oportuna... ¿Dónde está Phil?

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Se ha vuelto a marchar?

—No sé. Supongo que no —encogió los hombros Manolón—. Se ha ido por la puerta de atrás, eso es todo.

—Bien... Bueno, sabemos que con Phil siempre se puede contar del modo más conveniente. De todos modos, ahí fuera sólo podemos salir tres.

—¿Ahí fuera? —exclamó Jaja.

Pete O'Rourke les puso al corriente del trato realizado por Joe Kirkpatrick, y los dos mexicanos, tras escucharle, atentamente, asintieron.

—Está bien, Pete. Lo haremos así. Tu cabeza es la que mejor piensa del grupo. Siempre lo ha sido.

—Una cabeza de filósofo —sonrió Manolón.

—Recojamos el dinero —sonrió a su vez O'Rourke—. Lo volveremos a meter en las alforjas.

—Yo lo haré —dijo Jaja.

Se arrodilló ante el montón de billetes y comenzó a meterlos en las propias alforjas de Joe Kirkpatrick, a manos llenas. Se detuvo un instante, para mirar a sus amigos:

—Es una fortuna —masculló—. ¿De verdad vamos a devolverlo Pete? ¿No podríamos...?

—El dinero o Rosita, Jaja: Elige.

El feísimo mexicano refunfuñó algo, y siguió metiendo el dinero en las alforjas, Manolón y O'Rourke se habían colocado uno en cada ventana, mirando con gran atención hacia la casa de la viuda...

—Esto ya está —dijo Jaja.

—Pronto vendrá el tal Martin a por ello —musitó O'Rourke.

Jaja dejó las alforjas a un lado, tomó uno de los dos rifles de que disponían y se colocó junto a Manolón, que se tiraba del bigotazo,

impaciente...

—Ahí sale uno —dijo de pronto.

—¡Tejano! —se oyó en la placita—. ¡Voy para allá!

—¡Adelante, Martin! —gritó O'Rourke.

Le vieron cruzar la plaza, llegar al porche... Apareció en la casa y en, seguida su mirada fue hacia las abultadas alforjas, henchidas de billetes. Luego miró a los tres amigos, que le apuntaban serenamente.

—¿Puedo ver el dinero?

O'Rourke asintió con la cabeza. Martin abrió las alforjas, echó un vistazo, removió los billetes y asintió. Con la cabeza. Se puso en pie, colocándose las alforjas en un hombro, y fue hacia la ventana ocupada por Pete.

—¡Joe! —gritó Martin—. ¡Está bien, tengo el dinero! ¡Voy a salir ahora!

Se movió hacia la puerta, pero la punta del rifle que sostenía O'Rourke con la mano izquierda se clavó en su nariz.

—Tranquilo, amigo... Antes quiero ver salir a las mujeres... ¿Están saliendo, Jaja?

—No las... Sí. ¡Sí! Ahora salen... Bueno, supongo que son ellas sí; sólo veo bultos raros...

—¿Envueltas en mantas? —preguntó O'Rourke.

—Sí. ¡Eso es! Van encogidas, envueltas en mantas...

—Son ellas —la gris mirada de Pete fue hacia Martin—. Tú, camina ahora. Despacio, las manos en alto... ¿Entiendes?

El primero en salir al porche fue Martin, llevando el dinero. Detrás, O'Rourke, Manolón y Jaja, con las armas en la mano. A la fría luz de las estrellas, a la lívida luz del gajo de luna, vieron las tres sombras envueltas en mantas caminando penosamente, encogidas... Las vieron llegar al pozo, y O'Rourke susurró:

—Tú, ve a reunirte con tus amigos. Sin prisas: cuando ellas estén aquí, tienes tú que estar junto al pozo. Si vas más aprisa de lo convenido, nosotros te pararemos. Camina.

Martin bajó del porche, sonriendo en cuanto les volvió la espalda a los tres; sus pisadas resonaban blandamente en el polvo de la calzada, acercándose a las tres figuras encorvadas que se acercaban, como sombras. Tres figuras que, ciertamente, no eran las mujeres que el tejano y sus amigos esperaban, sino Bailará, Boes y Glendale, envueltos en las mantas, mientras las tres mujeres, atadas y amordazadas, habían sido tiradas dentro de uno de los cuartos de la casa, para que no molestasen, para que pudieran lanzar un grito de aviso a sus enamorados... Casi le daban ganas de reír. En un instante,

cuando Ballard, Boes y Glendale estuviesen a su altura, los cuatro comenzarían a disparar contra el tejano y sus amigos... Y los acribillarían como a tontos conejos.

Los tres forajidos, envueltos en sendas mantas, estaban ya a tres pasos de él, dos... Se preparó para sacar el revólver...

—¡Pete! —resonó la voz en la placita—. ¡No son ellas!

CAPÍTULO VIII

Sucedió todo en un segundo.

Martin llevó una mano a su revólver, mientras sus compañeros envueltos en las mantas, lanzando una exclamación de rabia, las arrojaban al suelo, dejando al descubierto las armas que ya: llevaban preparadas para disparar...

El único que no pudo hacerlo fue, precisamente, Martin.

Apenas había tocado la culata de su revólver cuando, por detrás de él, la noche se llenó de fogonazos. Martin recibió en la espalda nada menos que cuatro de los plomos disparados por Manolón, Jaja y O'Rourke, en veloz sucesión, y dio un grotesco salto hacia sus compañeros, justo cuando éstos apretaban los gatillos de sus armas...

Pareció que Martin quedase partido en dos por la terrible andanada, mientras, tendidos en el porche, O'Rourke y sus amigos seguían disparando, oyendo silbar algunas balas por encima de ellos... Entraron en la casa, se clavaron en la pared, destrozaron algunos cristales... Pero Martin se había llevado la peor parte de las raciones disparadas por sus amigos y por sus enemigos, actuando de muro.

Y mientras Martin, despedazado, caía lleno de sangre, sus compañeros pagaban las consecuencias de haberle tenido precisamente delante en el momento de disparar: Todavía pudieron disparar unas cuantas balas más, pero ya sin saber hacia dónde las dirigían.

Ni lo sabrían nunca.

Glendale recibió en el pecho dos balazos de rifle, y en el centro de la frente una bala de revólver. Fue suficiente para salir volando hacia atrás, rebotar en el polvo, ponerse en pie como si fuese un extraordinario muñeco y, finalmente, girando, caer de bruces sobre el brocal del pozo, enviando abajo uno de los tiestos con flores y quedando allí, tronchado, en su lugar, con la cabeza; hacia el interior del pozo.

Ballard recibió tres disparos de rifle en el vientre y saltó como un gato escaldado, aullando como un loco, como si estuviese sumergido en los

mismísimos fuegos del infierno... Aún estaba en lo alto cuando O'Rourke le disparó con el revólver, acertándole en plena cabeza y silenciándole de golpe.

Mientras, Baes, que insistía en disparar hacia el porche de la casa de Wanda, recibía el chorro de balas que la una velocidad increíble disparaban Manolón y Jaja, acertándole al alimón, como si fuese un viejo pote vacío que se lo fuesen pasando, en el aire en un entrenamiento de puntería. De los tres, fue Boes el que quedó en peor estado, pues, cuando cayó de cabeza, quedó recogido, como envuelto, liado sobre sí mismo, desarticulado hasta el punto de parecer una bola... Y posiblemente aún estaban muriendo los tres cuando Pete O'Rourke, cojeando, lleno de sangre el muslo derecho, salió del porche y echó a correr hacia la casa de la viuda Martínez, gritando cómo un loco:

—¡Phil! ¡Las van a matar ahora! ¡Las van a matar, Phil!...

Pero Phileas Corbett ya había calculado esto, así que después de advertir en el momento oportuno a sus amigos, del truco que Kirkpatrick les había preparado, y que él había escuchado entrando en la casa por el corral, se apresuró a abandonar el tejado desde el cual había gritado, para volver a entrar en la casa, otra vez por el corral, pistola en mano.

Estaba en el extremo del pasillo que desde el interior de la casa llevaba al corral, cuando, en efecto, vio aparecer por el otro extremo a Joe Kirkpatrick y al último de sus hombres, Vanish, los dos con los rostros deformados por el odio, el deseo de matar, dispuestos a entrar en el cuarto donde habían encerrado a las tres mujeres atadas y amordazadas...

Se vieron a la vez unos a otros.

Kirkpatrick y Vanish gritaron enrabiados y dispararon a la vez contra Corbett, al mismo tiempo que Corbett disparaba contra ellos.

Con el primer disparo, Corbett reventó la cabeza a Vanish, que ni siquiera pudo terminar su grito de furia. Fue lanzado de lado contra la pared, donde su reventada cabeza dejó un rojo brochazo.

Simultáneamente, Kirkpatrick disparaba contra Corbett y vio a éste salir disparado hacia atrás, de nuevo hacia el corral, desde donde Corbett disparó a su vez contra Kirkpatrick por dos veces, obligando al jefe de los forajidos a lanzar un berrido cuando las dos balas trazaron otros tantos surcos en su cuero cabelludo, arrancándole sombrero, cabellos y piel.

Todavía, desde el corral, Corbett disparó otra vez, y Kirkpatrick, que ya ni siquiera veía la sombra de su enemigo, dio media vuelta, y regresó corriendo hacia la cocina comedor-vestíbulo de la casa de la viuda Martínez, convencido de que llevaba tras él a aquel demonio brotado de la oscuridad.

¿Cómo era posible que estuviese allí, si él había contado perfectamente que en el porche de la otra casa habían estado el tejano y los dos mexicanos...?

—¡Pete! —oyó un fortísimo grito—. ¡Ahí te va el último!

Demasiado tarde, Kirkpatrik comprendió que su ofuscación le había jugado una mala pasada. Demasiado tarde, porque estaba saliendo ya al porche, a toda prisa, revólver en mano... Al oscuro porche, al cual llegaba bastante deslumbrado por la luz del quinqué del interior de la casa.

En realidad, entre el sobresalto, la furia y la prisa por escapar de aquel inesperado demonio, Joe Kirkpatrik podía considerarse como un pobre ciego cuando apareció, enloquecido, en el porche...

* * *

Pero Pete O'Rourke, que llegaba entonces allá, y vio aparecer a Joe Kirkpatrik a menos de diez pasos, no lo pensó así... Pete O'Rourke vio aparecer a Joe Kirkpatrik revólver en mano, rugiendo de furia, volviendo la cabeza a un lado y a otro..., Igual que una fiera que se dispone a morir lanzando dentelladas a diestro y siniestro.

Y como Pete O'Rourke sabía sobradamente que había descargado su revólver contra los otros forajidos, lo dejó caer y alzó el rifle que empuñaba en la mano izquierda...

¡Bang!

Kirkpatrik recibió el plomo en el centro del pecho, lanzó otro alarido y disparó su revólver, al aire, hacia el techo del porche, por encima del cual saltaron varias astillas...

¡Bang!

Una vez más gritó Joe Kirkpatrik, retorciéndose por los efectos del fortísimo impacto de bala disparada ahora a siete pasos...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Como pluma, al viento, Kirkpatrik llegó girando a la ventana, dio de bruces en ella, reventó los cristales de la parte alta con la cara y metió la cabeza en el cuadro. Quedó inclinado hacia delante, colgando por la barbilla.

Era un modo como otro cualquiera de morir ahorcado.

Y un silencio denso, terrible por lo brusco, reinó una vez más en el pacífico Valle Salazar. Detrás de O'Rourke, Manolón y Jaja, que habían hecho los últimos disparos, estaban ahora tan inmóviles como su amigo, todavía crispados.

Por fin Pete O'Rourke dio un paso, otro, otro... Sus pisadas resonaron en el porche de madera. Cuando entró en el cuarto donde estaban las tres mujeres, las vio acurrucadas en un rincón, envueltas en mantas, desorbitados los ojos. Detrás de él aparecieron Jaja y Manolón. Rosita y Carmen cerraron los ojos, y entonces unas gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Wanda parecía que no iba a llorar, pero de pronto emitió un ronco sollozo y su cabeza se abatió.

O'Rourke se arrodilló ante ella y la alzó, sujetándola por las mejillas.

—Ya ha pasado... —susurró—. Wanda, ya está. Todo ha terminado.

La muchacha rompió a llorar y entonces Carmen y Rosita se lanzaron a imitarla, con profundos hipidos. Era el estallido de la carga de miedo que durante aquellas horas había estado latente en sus cuerpos, y los tres hombres lo Comprendieron así. O'Rourke acarició la rubia cabellera de Wanda, volviendo la cabeza hacia sus sobrecogidos amigos.

—Dejémoslas llorar —sonrió—. Lo necesitan de verdad.

—Para Rosita debe ser algo nuevo —quiso bromear Manolón:

—¿Y Phil? —preguntó Jaja—. Me pareció qué gritaba desde dentro de la casa...

O'Rourke se irguió vivamente, nuevamente pálido de pronto.

—¡Phil! —llamó—. ¡Phileas!

No recibió respuesta. Salió a toda prisa del cuarto, recorrió el pasillo y apareció en el corral, casi cayendo de bruces al tropezar con algo tendido en el suelo, que gimió...

Se dejó caer de rodillas.

—¡Phil! —aulló—. ¿Dónde te han...?

—Tranquilo... —jadeó Corbett—. Tranquilo, tejano. Ésta es mi bala, y ya no tiene remedio...

Jaja y Manolón aparecieron entonces, miraron a su amigo y se mordieron los labios. Incluso a la escasa luz lunar se veía perfectamente la gran mancha de sangre que se extendía por su pecho.

—Ayúdame, Manuel —susurró O'Rourke.

Alzaron a Corbett, con cuidado; O'Rourke por los pies, y Manolón por los hombros. Jaja, aturdido, colaboró sosteniendo al herido por la cintura, y Corbett soltó una risita que se quedó en un gemido.

—Es como... como si ya me llevaseis... al cementerio... Y me gusta... Me gustaría que... que así ocurriese cuando... cuando...

—¿Te quieres callar? —graznó O'Rourke.

Cuando lo depositaron en una cama, las mujeres estaban ya con ellos, y pareció que todo su espanto desaparecía de golpe.

En un instante las tres se pusieron a trabajar, reuniendo lo necesario para atender la herida de Phileas Corbett, que O'Rourke dejó al descubierto, cortando las ropas con el cuchillo de Jaja... El cuchillo que Phil Corbett, arriesgando su vida, había dejado en el alféizar de la ventana, para lanzar luego el canto del mochuelo, avisando de que disponían de un arma... Eran muchos años juntos, había mucha compenetración entre ellos...

O'Rourke se mordió los labios cuando vio la herida, y Phil, que escrutaba el rostro de su amigo, sonrió torcidamente, con una fea mueca...

—Ya te he dicho... que ésta... es mi bala, Pete...

—Cállate. Vamos a intentarlo todo, Phil.

—Es inútil... siento... el frío dentro... ¿Tú sabes lo que es eso, Pete?... Es ese frío de la muerte... que... que no se parece a ningún otro frío...

—Pero ¿no puedes callarte? —gimió Manolón.

—Si me callo..., ¿cómo... cómo podré decirlos adiós?

—No habrá adiós, Phil —musitó O'Rourke—. Todo lo que tienes que hacer tú es callarte. Lo demás lo haremos nosotros... Y cuando salga el sol, estarás bien.

—Tonterías... Sé que no veré otra... otra vez... ese... ese maldito sol de Texas que... que quema las... las pestañas...

—Te lo suplico, Phil: cállate.

—No me da... la gana... Sois tontos... ¿Por qué tener esa esperanza?... Tengo mi bala en mi cuerpo... Lo sé... Pero no importa... No importa, Pete, Jaja, Manuel... No importa. Me alegra morir así... y ahora... Vosotros habéis encontrado en Valle Salazar algo... por lo que vale la pena vivir, y yo... he encontrado aquí algo, por lo que vale la pena... morir: mis amigos... Todo lo... lo hemos encontrado en este... pueblito... No permitáis... que nadie os quite... lo que a mí me ha costado la... la vida...

Pete O'Rourke fue a decir una vez más a Phileas Corbett que se callase, pero se encontró con que tenía en la garganta una bola de estopa, como incrustada, como clavada allí para siempre. Pero tras un esfuerzo, consiguió tragar aquella dolorosa bola, y susurrar:

—Cuando salga el sol, estarás bien.

* * *

Bajo el implacable sol de cien mil demonios de aquel mediodía, uno de los cinco jinetes que llevaban una placa de cinco puntas en el pecho desmontó, entre el grupo de raquíuticos robles. Examinó el suelo atentamente durante unos segundos. Luego alzó la cabeza y su mirada, llena de sol, brillante entre las pestañas llenas de polvo, fue hacia el jinete de más edad, cuyo rostro era pálido, sus ojos claros, su mandíbula recia, agresiva, quizá un tanto suavizada por las grises hebras de sus sienes.

—Estuvieron aquí, señor —musitó—. Tuvo que ser ayer. Tienen que ser ellos: no eran menos de ocho o nueve.

—Muy bien, Abel —susurró Roger Mac Lean, capitán de los rurales de Texas—. ¿Puedes decirnos hacia dónde se dirigieron?

Abel Sherman, rural raso, recién ingresado en el Cuerpo, vaciló y volvió a estudiar el terreno. Podía leer en él casi tan bien como un indio, pero tenía que asegurarse. Dio unos pasos, contemplado atentamente por su capitán y sus tres compañeros, uno de ellos nada menos que el veteranísimo y malgeniado sargento Forbes. Por fin, se detuvo y señaló hacia un punto.

Se calló enseguida. Como él, los demás también escucharon aquel sonido que, de pronto, parecía llegar de todos los puntos del valle a la vez:

Tan... tan... tantán... tan... tan... tantán... —Una campana— dijo el sargento Forbes.

Rodríguez, un tejano-mexicano que llevaba tres años en los rurales, asintió y se quitó el sombrero. Los demás le miraron con los ojos entornados. —¿Tocan a muerto, Rodríguez?

—Sí, capitán.

Roger Mac Lean quedó sombrío, mirando hacia el fondo del valle. No veía nada allí, pero el lúgubre sonido de la campana seguía llegando con toda claridad. Por un momento tuvo la impresión de que aquella campana jamás dejaría de sonar. Y por un momento, se dijo que todo había sido inútil. México estaba muy cerca... Tan cerca que ni siquiera él, por muy capitán que fuese de los rurales de Texas, podría hacer nada.

De nada había servido que él tomase el mando de aquel grupo, llevándose al feroz perro de presa que era Forbes... Había querido no dejar escapar aquella ocasión de acorralar a Joe Kirkpatrick, y había abandonado su cómodo despacho dispuesto a conseguirlo aunque se dejase la piel en aquella misión... Joe Kirkpatrick, el asesino y ladrón, no tenía que escapar aquella vez.

Sin embargo, había estado un día antes en aquel lugar... ¡Todo un día, con México a cuatro pasos! Imposible alcanzarle ya...

—Si Kirkpatrik ha pasado por ese lugar, no me sorprende que las campanas toquen a muerto —susurró.

Tan... tan... tantán... tan... tan... tantán...

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó el casi novato Abel Sherman, el único desmontado.

—Busquemos esa campana.

CAPÍTULO IX

El padre Anselmo vio llegar a los cinco jinetes cuando todavía estaban bastante lejos. Primero, vio la nube de polvo. Luego, cuando estuvieron un poco más cerca, el sol pareció reventar en fuegos dorados en los pechos de un par de aquellos jinetes.

—Esta vez sí son los rurales —musitó, y llamó—: ¡Juan!

El hijo mayor de la viuda Martínez corrió hacia él y se quedó mirándole expectante, muy abiertos sus grandes ojos negrísimo de mexicano de pura cepa.

—¿Sí, padre?

—Ve a avisarles... Diles que vienen cinco rurales. Y será mejor que pases por el corral y les llesves sus caballos.

—Sí, padre.

El muchacho dirigió una mirada a los nueve cuerpos tendidos en el suelo delante de la iglesia, cubiertos con mantas, y echó a correr. El padre Anselmo también miró aquellos nueve bultos y se estremeció. Y también se preguntó si estaba obrando bien. Quizá... se equivocase con ellos. Quizá. Pero tenía la esperanza, casi la certidumbre, de que no era así.

Había llegado hacía dos horas, y tuvo tiempo de ver agonizar al llamado Phil Corbett, y hasta de perdonarle sus pecados mientras el moribundo le dirigía una sonrisita irónica, más bien socarrona. Luego, cuando los ojos de Phileas Corbett se cerraron para siempre, el padre Anselmo miró a los otros tres hombres, y vio en sus ojos aquel brillo que pocas veces se podía ver en los ojos de los hombres de revólver... Aquel brillo de lágrimas por la muerte de un amigo...

Estaba seguro de que no se equivocaba. Inevitablemente tenía que depositar su confianza en aquellos tres hombres que, junto a los nueve hombres que habían matado, depositaron unas alforjas con tanto dinero que el padre Anselmo se preguntó si realmente podía existir semejante cantidad. Y allí estaban las alforjas, junto a los muertos.

Las tomó cuando los cinco jinetes con placa en el pecho desembocaban en la placita, y acudió a su encuentro alzando las alforjas con su flaca, huesuda mano.

—¿Buscan ustedes esto? —preguntó.

El jinete de más edad desmontó y se acercó a él, mirándole con amable curiosidad.

—Buenos días, padre —saludó—. Soy Roger Mac Lean, capitán de los rurales de Texas.

—Sea bien venido a Valle Salazar, capitán Mac Lean. Unos hombres me han entregado esto para ustedes.

—¿Ésos? —señaló Mac Lean los nueve muertos cubiertos por mantas.

—No. Ésos no habrían devuelto jamás las alforjas.

Roger Mac Lean las tomó, las abrió y sus ojos se achicaron al contemplar la gran cantidad de billetes. Con las alforjas en una mano, caminó luego hacia la hilera de cadáveres, y fue destapando sus rostros, hasta tener ante sus ojos aquel de cara llena de pecas, cabellos y barba rojos...

—Has caído al fin, Kirkpatrik —musitó—. ¡Al fin!

A pesar de haber hablado exclusivamente para sí mismo, el padre Anselmo debió oírle, porque preguntó:

—¿Era un hombre malo?

—Era un demonio —alzó la mirada Mac Lean—. Un ladrón, un canalla, un asesino..., una bestia.

—Dios le perdone.

—Lo dudo —sentenció Mac Lean, incorporándose—. ¿Quién ha matado a estos hombres?

—Lo hicieron entre cuatro.

—¿Cuatro nada más? ¿Llegaron aquí quizá compañeros nuestros?

—No —sonrió el padre Anselmo—. Fueron cuatro hombres de los que ustedes llaman «fuera de la ley».

—Entiendo. Hubo una pelea entre ellos por el dinero, y...

—Fue algo así. Pero muy diferente a lo que usted piensa.

Mac Lean alzó las cejas. No comprendía.

—¿Dónde están esos cuatro hombres ahora?

—En el cementerio... Uno de ellos se quedará allí para siempre, el llamado Phileas Corbett. Los otros tres estarán ya galopando hacia México...

—¿Phil Corbett? ¿Y los otros tres son Manuel Chávez, Luis Pérez López y Pete O'Rourke?

—Sí. Una sonrisa de desconcierto apareció en los labios del capitán de rurales.

—Les están buscando muy lejos de aquí. Es decir, les estaban buscando. Ya deben haber creído que han pasado a México, y mis hombres habrán vuelto grupas. ¿Cuánto hace que partieron?

—Poco. Les envié sus caballos cuando ustedes aparecieron allá arriba.

—¿Se ha hecho cómplice de ellos? —alzó las cejas Mac Lean—. Temo que sí.

—Según parece, usted no sabe con qué clase de hombres ha estado tratando, padre. Esos cuatro sujetos, además de una serie de pequeñas fechorías; últimamente se decidieron a asaltar una diligencia y...

—No hubo muertos. Todo fracasó.

—¿Qué sabe usted de todo esto?

—Todo. Ellos me lo contaron todo. Todo.

—¿Y qué es... todo?

—Si dispone de unos minutos, puedo explicárselo.

Roger Mac Lean miró hacia el fondo lejano del valle. Por allá debían estar galopando tres jinetes, escapando... Miró al padre Anselmo, sonrió y asintió con la cabeza.

—Le escucho —dijo.

Y al mismo tiempo, hizo una seña al sargento Forbes, que miró a sus compañeros, señaló hacia el sur y partió a todo galope... seguido por los otros tres rurales. El padre Anselmo frunció el ceño, pero enseguida encogió los hombros.

—Ya no podrán alcanzarles. Sus caballos están muy cansados, y los de ellos llevan tres días de descanso y buena comida.

—Su ayuda a esos hombres es muy decidida —sonrió Mac Lean, que comenzó a liar un cigarrillo—. Pero quizá quede justificada con esa explicación, ¿verdad?

—Yo creo que sí. Verá...

Comenzó la explicación. Roger Mac Lean encendió el cigarrillo, mientras sus ojos iban de un lado a otro de Valle Salazar: la placita, el pozo con flores, las blancas casas que parecían hechas del sol, de silencio... En los porches habían aparecido mujeres, niños, hombres... Primero habían ido al entierro de Phil Corbett, pero luego habían dejado en el pequeño cementerio a Manolón, Jaja y Pete O'Rourke solos, con las cabezas caídas sobre el pecho, los sombreros en las crispadas manos...

Kirkpatrik y sus hombres serían enterrados más adelante, y el dinero quedaría en poder del padre Anselmo...

Llegó un perro, sacando dos palmos de lengua, y se tiró a la sombra, junto a los pies del padre Anselmo. Un poco más allá, unas gallinas picoteaban cualquiera sabía qué. En los sombreados porches, cientos de oscuras miradas estaban clavadas en aquel hombre que llevaba una estrella de latón sobre el corazón.

Fue una explicación breve, rápida, pero completa. Mac Lean tenía fruncido el ceño.

—Pero si ellos querían quedarse aquí, esperándonos, para entregarse..., ¿por qué les ha enviado usted sus caballos?

—He pensado que hombres como éstos morirían entre rejas.

—Es posible. Pero quizá le han engañado, padre. A fin de cuentas ellos se han escapado, después de tanto decir que se quedarían..., que empezarían de nuevo aquí, que...

Mac Lean captó primero la sorpresa del padre Anselmo. Luego, su extraña sonrisa. Y cuando miró hacia donde él miraba, vio a los tres hombres, acercándose a pie, llevando tras ellos a sus caballos.

Un gesto de alarma pasó por los ojos de Roger Mac Lean... De pronto se dio cuenta de que estaba solo. Solo contra tres de los cuatro hombres que habían sido capaces de eliminar nada más y nada menos que a Joe Kirkpatrik y su banda.

Les vio caminar hacia él, con los revólveres al cinto... No. Sólo dos de ellos llevaban revólveres. El más menudo llevaba... un cuchillo. Caminaban directos hacia él.

Roger Mac Lean se pasó la lengua por los labios. Su mano derecha quedó colgando cerca del revólver, mientras notaba una dolorosa laxitud en todo su cuerpo. Mala suerte. Muy mala suerte para él. Podían matarle, escapar por otro camino, y jamás serían encontrados en México... Buena jugarreta. Buena trampa la de aquellos hombres. Buen maldito mentiroso estaba hecho el padre Anselmo...

A la derecha de Mac Lean hubo un movimiento. Miró un instante hacia allí y vio a un muchacho de ocho a diez años llegando a un porche en el cual vio a tres mujeres y a seis o siete niños más. Sólo quiso mirar un instante, pero su mirada quedó como clavada allí. Ah, sí... Las tres mujeres debían ser Rosita, Wanda y Carmen... Y los niños, los hijos de la última.

Volvió a mirar a los tres hombres, y los vio detenidos ya, a seis u ocho metros de él, mirándole. Todo el mundo le estaba mirando a él. Todo el

pequeño mundo contenido en Valle Salazar.

Y de pronto, Roger Mac Lean se dio cuenta de que había dejado de mirar a aquellos tres hombres durante unos segundos, durante los cuales podían haberle acribillado sin fallo posible. ¿Por qué había cometido tan tremendo error? ¿Cómo era posible que él hubiese dejado de vigilar la llegada de tres fuera de la ley? Ahora podía ver muy bien los ojos de aquellos tres hombres. Estaban fijos en él, impávidos, bien abiertos, tranquilos. Parecían esperar algo.

¿Qué estaban esperando?

Y de pronto, Roger Mac Lean lo comprendió. O creyó comprenderlo. Pero... ¿sería posible?

¿Era posible?

Lo probó.

Adelantó dos pasos, les señaló y dijo:

—Quedan detenidos en nombre de la ley.

El de los ojos grises asintió con la cabeza y desabrochó el cinto. Los otros dos le imitaron rápidamente. Y el primero miró al padre Anselmo, sonrió y dijo:

—Gracias por su intento, padre Anselmo. Pero si escapamos, perderíamos para siempre Valle Salazar, y... preferimos perderlo sólo durante... un tiempo.

—Eso es una folo... No... Una filosofía —sonrió el mexicano enorme de los grandes bigotazos.

Mac Lean parpadeó. Se hizo cargo de los dos revólveres y el cuchillo, y miró al padre Anselmo, desconcertado. Éste sonrió.

—Si quiere haré sonar la campana, y sus hombres comprenderán que deben volver.

—Sí..., sí, gracias... ¿Hay cárcel aquí?

—No —rió el padre Anselmo—. ¡No! Aquí no hay nada. Sólo gente. Sólo personas. Pero si quiere, puede encerrarles en la iglesia.

El rural miró sorprendido el pequeño edificio poco menos que en ruinas. Por cualquiera de aquellos agujeros podía escaparse hasta un elefante. Cuando volvió a mirar al cura, captó la socarrona sonrisa de éste, y soltó un gruñido.

—Está bien. Avise a mis hombres, ¿quiere?

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Manolón—. ¡Me gusta tanto...!

—A mí también —dijo Jaja—. Ahora sé tocar la guitarra... y la campana. ¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —rió Manolón—. ¡Eso ha estado bueno, Jaja! ¡La campana!

Pete O'Rourke también soltó una risita. En el porche dónde estaban las mujeres con los siete niños, una de ellas rió también, nítidamente, y Jaja se volvió y le envió un beso. En otro porche alguien rió. Y en otro...

Y en pocos segundos todo Valle Salazar estaba riendo, mientras Manolón, sujetándose los costados, exclamaba una y otra vez:

—¡Sabe tocar la guitarra... y la campana! ¡La campana...!

—Ya basta —dijo Mac Lean, sonriendo a su pesar—. A ver si es verdad que saben tocarla.

Los cuatro rurales detuvieron sus caballos cuando hasta ellos llegó el sonido de la campana. Se miraron, fruncieron el ceño, quedaron indecisos...

Por fin, el sargento Forbes hizo volver grupas a su caballo, y los otros rurales le imitaron.

ESTE ES EL FINAL

El capitán Mac Lean puso las alforjas con los veinte mil dólares y pico en su caballo, montó y miró al padre Anselmo, que le contemplaba inexpresivamente desde la puerta de la iglesia. La tarde anterior, Joe Kirkpatrick y sus hombres habían sido enterrados, pues él viaje con nueve cadáveres hasta Santone era poco menos que imposible... Y absurdo. Lo importante era que aquellas alimañas descansaban para siempre bajo la tierra. Eso... y devolver el dinero al Banco de Santone.

El rural se despidió con un gesto de barbilla del cura, y miró a sus hombres y a los tres prisioneros, ya montados también, mirando en silencio hacia las tres mujeres y los siete niños que, desde el porche, les contemplaban con tristeza... y esperanza. La bella joven rubia alzó una mano, y la movió levemente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas silenciosas. Pete O'Rourke quiso responder al gesto, pero sus manos estaban atadas al pomo de la silla y tuvo que contentarse con sonreír...

—En marcha —dijo Roger Mac Lean.

Rodeados de un silencio tan espeso como el polvo, un silencio casi hostil, los rurales y sus prisioneros se pusieron en marcha hacia el norte. Poco después, en lo alto de la última loma desde la cual se veía Valle Salazar, Mac Lean se dio cuenta de que los prisioneros habían detenido sus caballos, volviéndolos hacia el pueblo.

—Hasta pronto, Phil —oyó decir a O'Rourke.

—Hasta pronto a todos —susurró Manuel Chávez.

—Esperemos —dijo Jaja, muy seriamente— que Valle Salazar esté todavía ahí, igual que siempre, esperándonos...

—Sigán —dijo el sargento Forbes, con sorprendentes modales—. Hay mucho que cabalgar todavía.

Los tres prisioneros le miraron, sonrieron y volvieron a girar sus caballos. Era como si nada pudiese ya perjudicarles. Como si todo estuviese como tenía que estar. Sabían que volverían, y que allá les estaría esperando la tumba del querido amigo, y seres vivos que les alijaban. Con estas perspectivas, las

cosas difíciles podían aceptarse bastante bien. Sólo tenían que esperar dos, tres, cuatro..., cinco años, quizá.

«¡Cinco años!», pensó Mac Lean. ¡Cinco años entre rejas, sabiendo que les estaban esperando con amor, con cariño, con amistad, en un lugar tranquilo y feliz! Cinco años de espera para tres hombres que querían tener doce hijos uno, aprender a leer otro, tener una mujer risueña y seis vacas otro... ¡Cinco años! Sabiendo que les esperaba todo eso, el tiempo sería mucho más largo. Seguramente, en el penal, aprenderían a ser peores que ahora, se volverían rencorosos... Y cinco años... son muchos años. Quizá olvidasen a Carmen, a Rosita, a Wanda, a los siete niños de la primera, al padre Anselmo, a la placita con un pozo con flores en el centro...

Sí. Quizá saliesen convertidos entonces en auténticas fieras.

Tan-tan, tálantán, tan-tan, talantán...

Se oyó la campana, en despedida a sus amigos que partían quizá por un año, quizá por cinco...

—¡Alto! —dijo de pronto Roger Mac Lean.

Se detuvieron todos, mirándole sorprendidos. Él se acercó a Pete O'Rourke y le soltó las manos, que llevaba atadas al pomo de la silla.

Pete O'Rourke le miró, primero desconcertado. Luego, sin necesidad de indicación alguna, él mismo soltó a Jaja y a Manolón, y los tres quedaron sobre sus caballos, mirando a Roger Mac Lean esperando.

—Si alguna vez vuelvo a oír hablar de ustedes —dijo serenamente el capitán de rurales— se arrepentirán.

Los tres sonrieron. No hacían falta explicaciones. Pete O'Rourke se llevó los dedos al ala del sombrero y dio un taconazo a su caballo, alejándose. Los tres volvían.

—Pe-pero... ¡Pero se Van! —exclamó el casi novato Sherman, aturdido—. ¡Capitán, esos hombres...!

—Muchacho —cortó el sargento Forbes—, ésta es una buena lección que no debes olvidar: un rural no es sólo un tipo peligroso. El capitán acaba de enseñarte algo muy importante. De veras, chico, no lo olvides.

Abel Sherman miró a sus demás compañeros. Les vio impávidos, y si acaso, con una leve sonrisa en los labios.

—Pero... ¡esos hombres se van! —exclamó.

—¿Qué hombres? —preguntó Rodríguez.

—¡Ésos!... ¡Esos que vuelven hacia el fondo del valle!

Todavía se oía la campana de Valle Salazar. Todavía se oía nítidamente el «tan-tan, talantán»... Pero Roger Mac Lean, capitán de los rurales de Texas,

alzó las cejas, sonrió, y miró al rural casi novato, como muy sorprendido, preguntando:

—¿Qué valle...?

—FIN—